

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 855.

Administracion general, passage Sautnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

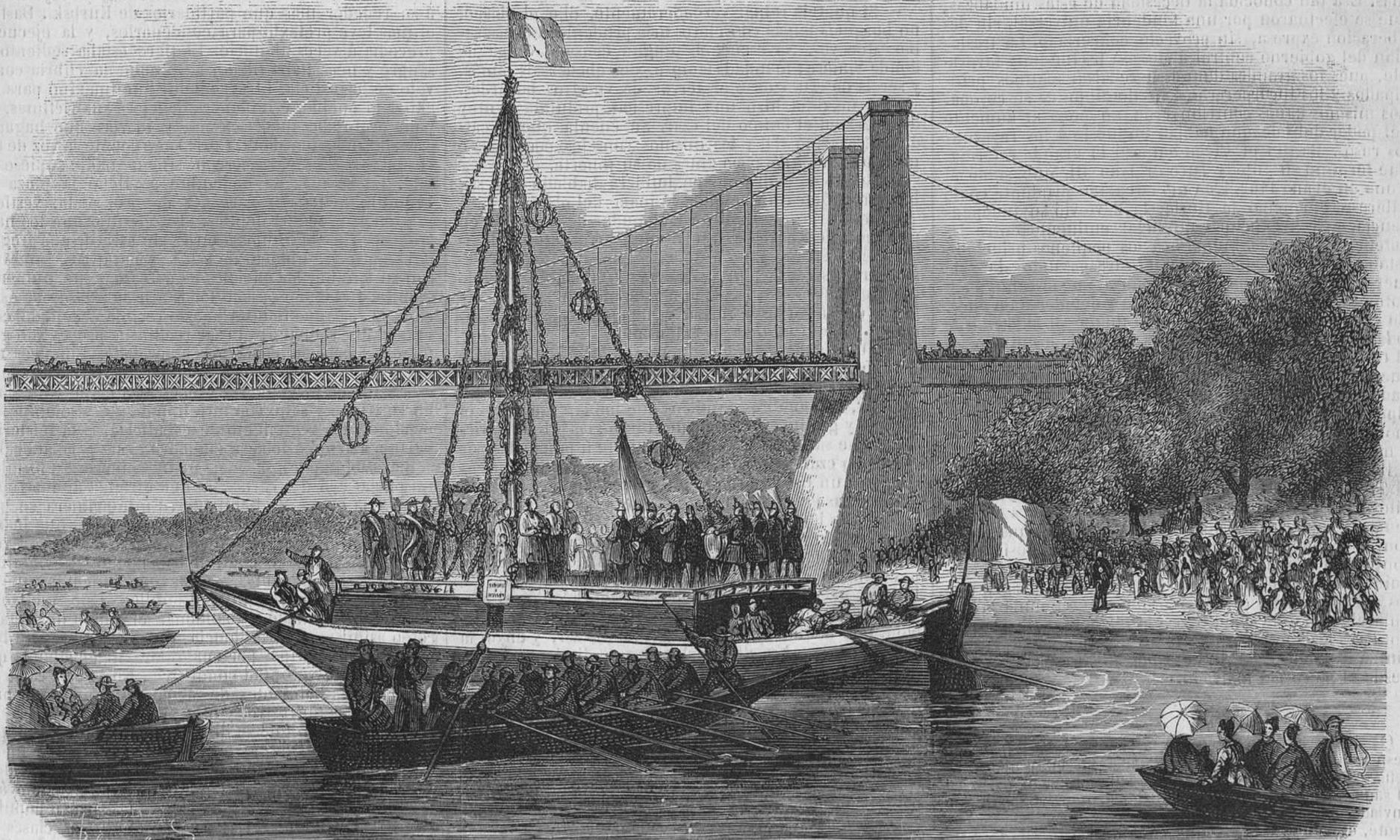
La bendicion del Garona en la Reole; grabado. — **Estudios históricos.** — **Viaje de SS. MM. el emperador y la emperatriz á Chartres;** grabado. — **Las reuniones electorales de Paris;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Poesias.** — **M. Washburne;** grabado. — **La Exposicion de Bellas Artes de 1869;** grabados. — **Las estrellas errantes.** — **La Damisela del castillo.** — **El nuevo chapitel de la torre de San Miguel en Burdeos;** grabado. — **El canal de Suez;** grabados. — **Manuela.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Las cercanías de Paris;** grabado.

La bendicion del Garona en la Reole.

La Reole, situada en la orilla derecha del Garona, es una de las mas bonitas poblaciones del departamento del Gironda. Los aficionados á historia provincial consultarán con fruto la interesante obra de M. Dupin, ó la de Camilo Braylens; por nuestra parte, toda nuestra ambicion se limita hoy á hablar de la procesion náutica tan fielmente representada en nuestro dibujo, y que desde tiempo inmemorial se efectúa en la Reole el dia de la Ascension.

En ese dia el clero, las autoridades civiles y militares, y algunos notables de la ciudad, se embarcan en una nave adornada con banderas, flores y guirnaldas de follaje, y dan nueve vueltas por el rio. Los cánticos religiosos alternan con la orquesta de la Sociedad filarmónica, en tanto que el barco de gala navega á remolque de una chalupa, en la que reman diez robustos marinos.

Sobre ese aire que ejecutan á duo por espacio de mas de dos horas el pifano y el tambor, se cantaba antiguamente una cancion popular titulada: *Jean de la Reoule*. «Desde el tiempo de la revolucion, dice M. Dupin, la



La bendicion del Garona en la Reole, cerca de Burdeos.

cancion pasó de moda y casi cayó en el olvido; pero ha sobrevivido la música, y en todas las fiestas locales, como en los bailes del pueblo, ese aire favorito es el que descuella entre todos. » Camilo Braylens refiere que en uno de sus viajes á la Reole, Enrique IV oyó las coplas y las cantó mas de una vez en el campamento, á los piés de Gabriela de Estrées ó cuando Sully le amonestaba tan sábiamente.

C. DE L.

Estudios históricos.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO DE RUSIA.

(Continuacion.)

Algunos duques, arrepentidos de haber tomado el hábito, volvieron á entrar en el mundo; pero se encontraron tan mal y con tan poca comodidad, que se volvieron á su celda y no la abandonaron mas. Los kanes castigaban con pena de muerte á todo tártaro convencido de pillaje ó de alguna violencia, por leve que esta fuese, en un convento (1). Los legados pios aumentaban sus inmensas riquezas; y nadie se exponía al peligro de morir intestado, sobre todo mientras la peste devastaba la Rusia, donde se mantuvo con extraña obstinacion. Las propiedades de la Iglesia no pagaban ningun impuesto ni al gobierno ruso, ni á la horda (gobierno tártaro): como las rentas de los monasterios excedían de mucho á sus necesidades y á sus gastos, empleaban las mas veces el sobrante en la adquisicion de propiedades territoriales. Algunos eclesiásticos lo reservaron para mas noble destino: tales fueron los obispos de Novogorod, que consagró todos los tesoros de Santa Sofía á objetos de pública utilidad. Nuestros metropolitanos no juzgaron del caso imitarlos; y mientras que estaba el pueblo sumergido en una espantosa miseria, se enriquecían los monges por medio del comercio, y gozaban gratuitamente de todas las ventajas sociales. Estos privilegios de los claustros eran muy conocidos; el público respetaba todavía la vida monástica y veneraba su regularidad, su piadosa perseverancia, sus oraciones; mientras permanecían aquellos tranquilos, al abrigo de todos los peligros, y libres de todo cuidado, ofrecían cuanto puede desear un hombre cuyas pasiones se han amortiguado ó que no las ha experimentado jamás. La mayor parte de los monasterios que subsisten aun, traen su origen del tiempo de la dominacion de los tártaros, pues que antes y despues de aquella época se edificaron muy pocos. »

Aunque sujeta á un yugo extranjero, no por esto se vió la Rusia menos agitada por las facciones que en tiempo de su independencia. No podía cesar el achaque sino con la creacion de una fuerza superior á todas las demás, y con la humillacion de las pequeñas soberanías. Era tan conocida la necesidad de estas mudanzas, que se efectuaron por una tendencia universal, sin deliberacion expresa, sin proyecto concertado. La traslacion del gobierno central á Moscou les fué muy favorable, pues los grandes duques heredaron algunos principados y los incorporaron á los dominios de su corona. Los mismos kanes contribuyeron no poco al aumento del poder del jefe que habían impuesto á los reyezuelos rusos. Basilio el Ciego empezó la grande reforma, que terminó su hijo y sucesor Ivan III, que subió al trono en el año 1462. Este monarca, tan prudente como valeroso, emancipó la Rusia, le devolvió su independencia, y le hizo ocupar un lugar eminente entre las potencias europeas. Sujetóse á los pequeños príncipes, establecióse el poder autócrata, traspasando de esta suerte los límites que se propusieran: no era muy fácil entonces percibirlos distintamente y detenerse en ellos. No convenia ya el título de gran duque al *autócrata de todas las Rusias*: Ivan tomó en sus relaciones exteriores el título de *czar*; bien que no se varió todavía la etiqueta con respecto á sus súbditos. Despues de un reinado glorioso de cuarenta y tres años, dejó este príncipe su cetro en manos de su hijo Basilio. El nuevo monarca siguió constantemente las huellas de su padre, y murió en 1534.

Hemos llegado ya al reinado de Ivan IV, apellidado el *Tirano* por los extranjeros, y el *Terrible* por sus súbditos. Nuestros lectores nos permitirán que les presentemos el cuadro de este reinado, cuyas circunstancias son poco conocidas fuera de Rusia. Seria imposible encontrar en los anales del mundo un príncipe mas sanguinario, y al mismo tiempo un pueblo mas servil que los rusos de su época. Pero lo que mas aumenta la singularidad de este cuadro, es la intrepidez de algunos hombres aislados, despreciando, en medio del envilecimiento comun, al tirano rodeado de sus verdugos, desde el potro del malvado.

Se hallaba todavía Ivan en su primera infancia cuando perdió y sucedió á su padre. Pertenecía la regencia á la madre del monarca; mas esta princesa no sobrevivió mucho tiempo á su esposo. Entonces quedó confiado el gobierno al consejo, que se convirtió en un foco de intrigas, y se vió agitado continuamente por las mas violentas disensiones. Debilitaron de tal modo á la Rusia las turbulencias intestinas, que no hubiera podido resistir á los ataques de sus enemigos naturales, los tártaros y lituanos. No andaba menos descuidada la educacion del jóven príncipe que los negocios del Estado: sus infieles ayos se ocupaban únicamente en los medios de prolongar la duracion de sus funciones, y de aprovecharse del poder que les daban. Apartaban cuidadosamente á su pupilo de cuanto hubiera podido proporcionarle algunas nociones de los negocios públicos; querían que, al llegar á su mayor edad, se viese el príncipe incapaz de tomar las riendas del Estado, y las dejase entre sus manos. Pero como se hallaba este dotado de una penetracion extraordinaria, descubrió en fin los proyectos de la oligarquía, y se irritó de la servidumbre que le habia impuesto. Naturalmente suspicaz, receló de cuantos parecían manifestar algunas pretensiones de tomar parte en su poder. Mostróse ya desde su infancia su inclinacion á la crueldad; complaciase en atormentar á los animales domésticos, en matarlos, en torturar á los seres débiles, las mujeres y los ancianos. Sus inicuos ayos se prestaban á estas *diversiones*, y aun las alentaban, preparando de esta suerte una tiranía mas espantosa que la de los furiosos que han gobernado el imperio romano. Uno de ellos fué la primera víctima de la índole sanguinaria del jóven Ivan, á saber: el príncipe Tchouisky, presidente del consejo, el mas aborrecido de la nacion. El príncipe, que tendria entonces á lo mas trece años, resolvió sacrificarlo al odio público, y á una señal convenida, fué cogido el desgraciado, arrastrado por las calles, y entregado á los perros que le despedazaron: cometiése esta atrocidad en Moscou, á medio dia. En 1536, habiendo entrado Ivan á los diez y ocho años de su edad, fué coronado czar de todas las Rusias, cuyo título ya no estaba entonces reservado exclusivamente para las relaciones exteriores. Los primeros años de este reinado fueron mas felices de lo que se esperaba: la esposa del monarca, la amable y tierna Anastasia, y los consejos de un religioso que la auxiliaba con mucha habilidad y celo, lograron contener al monstruo. Ivan pareció haber mudado enteramente: era aplicado, llenaba con puntualidad los deberes que le imponía su suprema dignidad, y alababan todos su generosidad y clemencia: el pueblo le adoraba. Victoriosa en el exterior, pacífica en su interior, se abandonaba la Rusia con confianza á un soberano que le prometía mas felicidad y gloria de la que podía ella misma desear: mas el leon solo se hallaba adormecido: podía despertar en su furor, y hundir sus terribles garras en el corazon de sus víctimas. Ivan habia vuelto á llamar á su lado á un antiguo obispo, arrojado en otro tiempo de la corte, y á quien una serie de crímenes inauditos debia haber conducido al cadalso. Consultaba á este digno confidente sobre los medios de gobernar bien su imperio.

— Si quereis reinar verdaderamente, dijo el obispo, no busqueis jamás consejeros mas prudentes ni mas sabios que vos. No escuchéis ningun consejo, venga de donde viniere; mandad siempre, y no obedezcáis jamás, y seréis de esta suerte el terror de vuestros boyardos. Esta máxima hizo una impresion profunda y muy duradera en el ánimo del czar. Se cuenta que el cardenal Mazarino daba los mismos consejos poco mas ó menos á Luis XIV, poco antes de su muerte.

— Mi propio padre no me hubiera hablado mas sábiamente, dijo Ivan besando la mano del obispo. Sin embargo, no se atrevió á mudar de conducta en presencia de Anastasia, y aparentó, como antes, dedicarse exclusivamente á la felicidad de sus súbditos. Pero murió esta excelente princesa en 1560, y se pudo creer entonces que se habia apoderado un espíritu infernal del trono de la Rusia, y que ejercía en él su execrable poderío en toda su extension.

Los hombres mas sabios fueron alejados del consejo del monarca y reemplazados por los serviles instrumentos de sus antojos. Los primeros objetos de la aversion de Ivan, los hombres públicos que habían merecido el aprecio y gratitud de la nacion, fueron las primeras víctimas que sacrificó. El uno fué muerto á puñaladas por el mismo czar, en el momento en que estaba reprendiendo á un nuevo privado; otro, que habia rehusado asistir á las escandalosas escenas de palacio, fué asesinado en la iglesia. Un hombre ilustre, el príncipe Andrés Kurbski, cuyos servicios en la guerra y en los consejos eran dignos de las mas brillantes recompensas, no pudo librarse de la proscripcion, sino refugiándose á Lituania, cerca de Segismundo, rey de Polonia, el mayor enemigo de los moscovitas. Despues de esta desercion, que nadie vituperará, escribió al czar, y envió la carta á un hombre de mucho desprendimiento, quien no rehusó llevarla él mismo al terrible Ivan. Sabiendo este que aquella carta venía del príncipe Kurbski, no dejó de hacer uso de la vara de hierro que tenia casi siempre en la mano, y dió con ella un golpe tan violento en las piernas del mensajero, que pronto corrió la sangre de la herida. En seguida leyó el czar la carta con la mayor calma, apoyado en la vara. Kurbski no perdonaba nada al autócrata; le acusaba de derramar la sangre de los primogénitos de Israel, hasta en los templos del Altísimo, y de otros innumerables crímenes que le conducirían un dia delante de un tribunal, al cual no podía sustraerse, y donde sus víctimas de-

pondrían contra él. Enumeraba en seguida el príncipe los servicios que habia hecho al czar, y los contraonia á la ingratitud, á la atroz persecucion que le habia puesto en la necesidad de abandonar á su patria. « Yo no volveré nunca á ella, decía al fin de su carta; tú no volverás á ver mas mi rostro, ni yo el tuyo. » Ivan tenia algunas ínfulas de literato, y por lo regular escribia él mismo su correspondencia: encargóse pues de escribir al audaz fugitivo. Algunos extractos de esta contestacion darán una idea del estilo del escritor y del carácter del tirano.

« En nombre de Dios Todopoderoso que dispone de nuestro ser y de nuestras acciones, en cuyo nombre los reyes mandan y se hacen obedecer, me humillo, como buen cristiano, y contesto al ex-boyardo ruso, nuestro consejero y voyvodo, el príncipe Andrés Kurbski. — ¿Por qué, miserable, has huido y perdido tu alma de traidor para salvar tu indigno cuerpo? Si fuese capaz de alguna virtud, era tu deber recibir la muerte de manos de tu señor y alcanzar de esta suerte la corona de los mártires. ¿Qué es la vida? ¿qué las riquezas y los honores de este mundo? ¿una vanidad, una sombra! ¡Feliz aquel cuya muerte le asegure la felicidad eterna! » Despues de este majestuoso exordio, empieza el czar su justificacion.

« Hablas de mis crueldades... No, embustero infame, yo no he derramado la sangre de los primogénitos de Israel: yo no les he hecho asesinar en el templo del Señor. Los hombres pacíficos viven en seguridad bajo la proteccion de mi cetro: solo los traidores experimentan mi severidad: ¿los perdonó jamás la justicia de los reyes? El gran Constantino no perdonó ni á su propio hijo. Yo no soy un niño: tengo sin duda gran necesidad de la gracia de Dios, de la proteccion de la Virgen Santísima y de todos los habitantes del cielo; pero en cuanto á los consejos que puedan darme los hombres, sé mejor que ellos lo que debo hacer. ¡Gloria al Altísimo! La Rusia prospera, los boyardos están muy unidos, y nada turbaria este reposo, si así tú, como tus instigadores y partidarios, no estuviésteis ocupados sin cesar en tramar desórdenes en las tinieblas. Me amenazas con el juicio de Cristo en el otro mundo: ¿piensas acaso que el poder divino no dirige mis negocios, y que todo lo que pasa en la tierra no es el cumplimiento de su voluntad? Heregia de los Maniqueos. Segun vosotros, Dios reina en el cielo, Satanás en el infierno y el hombre en la tierra: ¿qué multitud de errores! Esta vida, lo mismo que la otra, está sujeta al poder y á la direccion de Dios. Me dices que no veré mas tu negro semblante: ¡qué desgracia, gran Dios! Tú rodeas el trono del Altísimo de todos los que he condenado á muerte; otra heregia: *Ninguna criatura puede ver á Dios*, dice el apóstol; pero callo, porque Salomon veda perder el tiempo y las palabras con insensatos como tú. »

Kurbski logró que Sigismundo se decidiese á declarar la guerra á la Rusia, y el kan de los tártaros aprovechó esta ocasion para atacar al enemigo comun en las provincias meridionales, mientras que los polacos penetraban en las provincias del Norte. En esta situacion embarazosa, Ivan se volvió mucho mas feroz: éranle sospechosos todos cuantos se le acercaban, y creyó no ver á su rededor mas que partidarios de Kurbski. Bastaba el mas leve pretexto para condenarlos, y la ejecucion precedía á veces al juicio. El tigre estaba sediento de sangre y necesitaba matanza, aunque la cubria con el velo de la justicia. El expediente que imaginó para engañar al pueblo, é imponer silencio á sus víctimas, supone profundas meditaciones, y merece que hagamos especial mencion de él. Corrió de repente la voz de que el czar iba á salir de Moscou, sin que nadie supiese por qué. En el mes de diciembre se llenó la plaza del Kremlin de trineos cargados de oro, plata, vestidos, imágenes, cruces, reliquias, etc. Mientras que los habitantes se miraban unos á otros, sin atreverse á preguntarse entre sí el objeto de estos preparativos, salió Ivan con su familia, los oficiales de su casa y un numeroso séquito. Habiendo pasado todos á la iglesia de la Asuncion, el metropolitano Atanasio recibió orden de celebrar el oficio divino; el czar recitó sus preces con gran fervor, y fué bendecido por el prelado. Entonces tendió la mano, y todos los que pudieron besarla le dieron esta señal de respeto. Terminada esta ceremonia, subió en su trineo y salió con aire imponente y solemne, rodeado de un regimiento de caballería. Esta misteriosa partida alarmó á toda la ciudad, la que permaneció en suma zozobra por espacio de un mes entero. En fin, llegó un oficial con dos cartas; la una dirigida al metropolitano, y la otra á los habitantes. En la primera se quejaba Ivan con vehemencia de los desórdenes que habían reinado durante su menor edad, y cuyo retorno preveía, si el clero y su jefe continuaban oponiéndose al justo castigo de los culpables, y á las únicas medidas que podían asegurar la tranquilidad pública. Estos motivos le habían determinado á abandonar el timon del Estado, como asimismo su residencia, para andar errante bajo la proteccion divina, por cualquiera lugar adonde quisiese su santa voluntad conducirle. En la otra carta declaraba á los habitantes de Moscou que no tenia nada que echarles en rostro, y que podían contar con su benevolencia, pero que se despedía de ellos para siempre.

El estampido del rayo hubiera consternado menos que esta carta á los habitantes. Habían aprendido á costa suya que es preferible la tiranía de *uno solo* á la de *muchos*: Ivan, por otra parte, sabia hacerse popular, y se habia hecho apreciar algun tanto de las clases inferiores, y aun de las medias. Cerráronse todas las tiendas y tribunales, y se suspendieron todos los negocios, tanto públicos como particulares. Oíanse por donde

(1) No carece de ejemplo en la historia esta especie de respeto de los pueblos bárbaros hácia un culto ajeno: se refiere de un francés, acusado de haber tomado parte en el saqueo de las iglesias de la Bélgica, que habiendo sido enviado, en calidad de cónsul, á no sé qué escala de Levante, el bajá le dijo en su primera entrevista, con tono de severidad: « Me han dicho, cristiano, que habías despojado las mezquitas de Occidente. »

quiera las desaforadas exclamaciones de las turbas: — ¡Estamos perdidos! el czar nos abandona, ¿quién nos defenderá de nuestros enemigos? ¿qué será del baño privado de su pastor?

Dirigióse la muchedumbre al palacio del metropolitano, y le suplicó fuese á encontrar á Ivan, y le ablandase con una entera sumision.

— Dejadle castigar como lo juzgue conducente, le decian; ¿no tiene acaso derecho de vida y muerte? El Estado necesita un jefe, y no queremos reconocer otro que el que Dios nos ha dado.

Resolvióse que partiría al momento una numerosa diputacion de prelados y de boyardos, que seguiria las huellas del czar, y que cuando se hallarian en su presencia, todos los diputados se postrarian á sus piés, y que en esta humilde postura, con la frente en el polvo, le suplicarian que volviese á gobernarles segun su voluntad, y que todos se apresurarian á obedecerle. Encontraron al monarca en el pueblo de Alexandrowski. La diputacion desempeñó puntualmente y con celo todo lo que se le habia encargado: manifestó al príncipe que si tenia en poco las grandezas de este mundo, la *religion* le mandaba permanecer en el puesto donde le habia colocado la Providencia: que este puesto era el mas eminente que hubiese sobre la tierra; que era el mas poderoso de los soberanos ortodoxos, y el único capaz de preservar de todo ataque la pureza de la fe; y en fin, que su retirada podia ser la causa de la condenacion de muchos millones de almas. Esta arenga estaba en perfecta armonía con las miras del artificioso Ivan: pareció ceder á tan poderosas solicitudes, y sobre todo á las necesidades de la Iglesia que imploraba su apoyo; pero solo se rindió con la expresa condicion de que el clero no pondria coto á los rigores que no podia dejar de ejercer contra los perversos que tramaban sin cesar la ruina del Estado y la destruccion de la familia imperial, por odio á su jefe. Ensalzóse hasta las estrellas la magnanimidad del monarca, y la diputacion volvió á Moscou, con el czar que le seguia de cerca. Estaba este desconocido; su aire sombrío, sus ojos apagados, su frente calva y su rostro sin barba eran la expresion fiel de las horribles pasiones que le devoraban. En su primera audiencia, habló de nuevo de los delitos que tenia que castigar, del deber impuesto á todo soberano de afianzar la tranquilidad del Estado con medidas eficaces, por mas severas que estas fuesen. Siguiéron á esto sus observaciones de costumbre acerca de la nada de este mundo, y la necesidad de prepararse para una morada mas feliz; terminando su piadoso discurso con la órden de formar una guardia escogida (*aprichnina*) de mil nobles. Apresuráronse todos á obedecer, no sin dudar de los males que ocasionaria algun dia esta tropa á la Rusia; en vez de mil hombres, hizose una leva de seis mil, en la que entraron muchos malvados de la hez del pueblo, dignos satélites de un execrable tirano. Tal fué el núcleo de los strelitzes, degollados, en 1699, por órden de Pedro el Grande.

Esparciose por todas partes el terror, cuyo reinado no terminó sino con el de Ivan. Las primeras victimas fueron el príncipe Choniski y su hijo, descendientes de san Vladimiro, mas recomendables aun por sus altas virtudes que por el lustre de su nacimiento. Al estar en presencia del hacha fatal, quiso el hijo morir antes que su padre; pero el venerable anciano reclamó los derechos de su edad. Cayó su cabeza, mientras que su hijo le daba el último beso, y sus restos exánimes recibieron el abrazo filial, hasta que el hacha separó del cuello la cabeza de la segunda víctima. El mismo dia fueron decapitados cuatro príncipes y empalados cinco. Otros fueron desterrados á Casan, y casi todos los que habian incurrido en el desagrado del soberano fueron despojados de sus bienes y reducidos á la mendiguez. Confiscáronse dos mil propiedades para el mantenimiento de la nueva guardia, y los propietarios fueron arrojados de sus casas. Sancionóse el pillaje por los mas frívolos pretextos. Los asesinos de que se hallaba rodeado el soberano fueron el objeto del odio de sus compatriotas; pero cuanto mas aborrecidos eran de sus ciudadanos, mas se congrataban con su dueño. Cada uno de estos caballeros debia colgar una cabeza de perro y una escoba del arzon de su silla; aquella en señal del encarnizamiento con que perseguian y atacaban á sus enemigos, y la escoba para significar que *barrian* la Rusia.

«No era aun bastante para tranquilizar al czar el haber transformado el palacio imperial en inexpugnable fortaleza; disgustóle el morar en Moscou, y pasó la mayor parte de su vida en Alexandrowski, poblacion que se convirtió luego en ciudad con sus iglesias, casas de piedra sillar y tiendas. Ocurrióle al czar decorar la antigua iglesia de este lugar dedicada á la Virgen Santísima: mezclóse el oro y la plata con los mas brillantes colores, tanto en el interior como en el exterior, y se veía una cruz de plata en cada baldosa. La vivienda del soberano fué rodeada de un muro con un foso delante: los alojamientos de los boyardos de la corte formaban otro cuerpo de edificio; los cuarteles de los soldados formaban una calle, y veíanse reunidas en otro cuartel las habitaciones de los mercaderes. El suspicaz Ivan añadía una nueva precaucion á las referidas, estableciendo un puesto avanzado á tres verstas (cerca de una legua) de distancia, en el camino de Moscou, con la consigna expresa de no dejar ir ni venir á nadie sin conocimiento y autorizacion del czar. Esta habitacion era por consiguiente solitaria y sombría, y circuida además por todas partes de un espeso bosque. Ivan dedicaba la mayor parte del tiempo á las prácticas religiosas, creyendo hacer cesar de esta suerte la agitacion interior

que no le abandonaba jamás: hasta imaginó transformar su palacio en un monasterio, del que se hizo abad, convirtiéndolo á sus empleados en otros tantos monges, entre los cuales distribuyó los empleos. Nombró tesorero al príncipe Viazemki, y sacristan á Skouratof, y encargó á trescientos guardias las funciones de *hermanos*. Recibieron todos los vestidos adecuados para esta transformacion, los cuales consistian en casquetes y largas sotanas negras, bajo las cuales traian magníficos vestidos, con forros de marta y bordados de oro. El czar dió la regla del convento y el ejemplo de exactitud en conformarse á ella. A las tres de la mañana iba con sus hijos y el sacristan á tocar los maitines, y al momento pasaban á la iglesia todos los monges, castigando con ocho dias de cárcel á los que faltaban á ellos. Duraba el servicio hasta las seis ó las siete, y el czar cantaba, leía y oraba con tanto fervor, y se postraba con tanta humildad en el polvo, que se veian sus señales en la frente. Reuníanse de nuevo á las ocho para asistir á la misa. A las diez se sentaban todos á la mesa, donde comian bien y llenaban sendas copas de aguamiel. El *abad* hacia entre tanto una piadosa lectura, y comia despues de los monges. Entregábanse luego despues á algun recreo; conversaban, y de vez en cuando Ivan iba á visitar las cárceles, y se divertía haciendo atormentar en su presencia á algunos infelices. Cuadraba tan bien á su carácter esta diversion, que siempre que se entregaba á ella, se explayaba su semblante con una expresion de alegría, y su conversacion era viva y casi jovial. A las ocho de la tarde se cantaban las vísperas, y á las nueve se retiraba Ivan á su dormitorio. Hacia entrar tres ciegos en el aposento, los cuales estaban encargados de referirle sucesivamente consejos para adormecerle. Dormía poco, pues se levantaba á media noche, y comenzaba el dia con una oracion. Estos ejercicios de devocion no impedían sin embargo el que el monarca gobernase el Estado á su antojo; pues oía, hasta en la iglesia, los partes de sus ministros; expedía órdenes sangrientas durante la misa, etc. Por último, á fin de que fuese mas variado el curso de esta vida harto monótona, hacia el czar correrías, visitaba los monasterios, inspeccionaba las plazas fuertes y las fronteras, cazaba en los bosques, cuidando, en medio de estas correrías y estos ejercicios, de que no recibiese su autoridad ningun desman, y no permitía que los boyardos hiciesen cosa alguna sin consultarle.

» De esta suerte vino á ser el *monasterio* de Alexandrowski el abismo infernal desde donde lanzaba el terrible Ivan los tormentos, los suplicios, el exterminio. Algunos nobles sospechosos creyeron huir de su venganza refugiándose en los claustros; mas los satélites del tirano no respetaron la santidad de estos asilos. Arrancóse de allí á las victimas para entregarlas á horribles suplicios que la muerte no terminaba hasta muy tarde. Cada dia habia de dar pábulo á la insaciable crueldad del monstruo; sus guardias recorrían las calles armados de hachas y largas espadas; nadie salía de casa, y los lugares públicos se hallaban atajados de cadáveres que nadie osaba reclamar para darles sepultura. Solo el metropolitano Felipe, á quien las órdenes expresas del tirano habian arrancado de una isla del mar Blanco, y colocado á la cabeza del clero de Moscou, tuvo valor para dirigirle algunas reprensiones; pero fué puesto en la cárcel y tratado con rigor. Mas el hábito habia hecho casi insípido el espectáculo de los suplicios individuales: el alma de Ivan necesitaba impresiones mas fuertes, y se las agenció. Un dia de mercado se empeñó una disputa entre algunos habitantes de Torjek y algunos guardias del czar: fué pues declarada rebelde toda la ciudad, y entregada la poblacion á una ejecucion militar. Ya puede imaginarse el lector cómo desempeñarían los *opritchnikes* su comision. Estas escenas de mortandad se renovaron en Colonna, por el solo motivo de que una gran parte de esta ciudad pertenecia á un noble sospechoso; algunas de sus damas fueron expuestas, enteramente desnudas, á las miradas del pueblo. Pero la mortandad de Novogorod sobrepusó en atrocidad á todos estos horrores.

» Habiendo un aventurero llamado Pedro, nacido en Volhinia, cometido algunos delitos en Novogorod, los magistrados le habian hecho prender y castigar. Apenas fué puesto en libertad, no pensó sino en los medios de venganza: ved ahí de qué modo lo consiguió: escribió una carta que suponía dirigida á Segismundo, rey de Polonia, por el arzobispo y los habitantes de la ciudad que queria perder, en la cual imploraba esta el auxilio del monarca polaco, y le anunciaba la resolucion de someterse á su autoridad. Despues de haberse valido de todos los medios que pudo encontrar para dar una apariencia de autenticidad á este documento, ocultóla detrás de una imagen de la Virgen, en la iglesia de Santa Sofia, catedral de Novogorod. En seguida fué corriendo á Moscou á dar aviso al czar de esta conspiracion. Encontró el ánimo del príncipe sobradamente dispuesto á dar crédito á la impostura; y así recibió órden de ir con un hombre de su confianza á buscar el misterioso escrito y llevarlo al czar. Escudado con este documento justificativo, pronunció Ivan la sentencia de la desgraciada Novogorod, é hizo las disposiciones necesarias para ejecutarla. En el mes de diciembre de 1699, partió de Alexandrowski con su hijo y su fiel guardia. Por el camino hizo pasar á cuchillo la poblacion de Klin, ciudad del principado de Tver. Dirigióse en seguida hácia esta ciudad desventurada. Su metropolitano, que habia cansado al czar con sus reprensiones, habia sido depuesto y encerrado en un convento, y como su piedad y sus virtudes eran muy veneradas, no se atrevió el tirano á matarle en público, y encargó

al *sacristan* Skouratof que le degollase en su celda.

» A este crimen secreto siguieron una infinidad de atentados públicos. En vez de hacer inmediatamente su entrada en Tver, pasó Ivan cinco dias en los conventos de las cercanías, dejando la ciudad á la discrecion de sus *opritchnikes*. El clero fué el primero en ser saqueado, é igual suerte padecieron los habitantes ricos. Los soloados visitaron escrupulosamente todas las casas, apoderáronse de cuanto podia serles útil, y arrojaron lo demás á las llamas. Los habitantes eran entregados á los mas horribles tormentos, degollados ó ahorcados. Entonces vió Tver renovarse dentro de sus muros las horribles escenas de 1327, cuando Usbeckkan se entregaba en ella á sus venganzas. Habia en las cárceles públicas algunos polacos prisioneros de guerra, los cuales fueron muertos ó precipitados en el Volga, cuyo hielo fué roto expresamente para que el rio pudiese tragar estas victimas. Ivan asistía á este espectáculo.

» Estos exterminios anunciaban harto á las claras la suerte que estaba reservada á la ciudad proscrita. Las orillas del lago Ilmen quedaron cubiertas de ruinas. El día 2 de enero entró la vanguardia en Novogorod. Se ocuparon las iglesias y conventos, y los monges que no pudieron dar veinte rublos para rescatarse, fueron atados y azotados durante todo el dia. Allanáronse las casas de los principales habitantes, y se cargó de grillos á cuantos se encontraron. El pavor habia llegado á su colmo, habia sonado ya la hora fatal: el czar se acercaba.

» El día 6 de enero hizo alto Ivan en la aldea de Goroditcha, á media legua de Novogorod. Los religiosos que no habian podido rescatarse y estaban aguardando allí su suerte, fueron muertos á hachazos y enviados sus cadáveres á sus conventos respectivos, para ser enterrados en ellos. El día 8 entró el czar, acompañado de su hijo y de su tropa. El arzobispo Pimen le aguardaba en el gran puente, á la cabeza de su clero, llevando las imágenes milagrosas: quiso dar su bendicion al monarca; pero fué desechada, y el prelado supo entonces, por primera vez, el crimen de que se le acusaba. Ivan mandó que volviesen el crucifijo y las imágenes á la iglesia de Santa Sofia, donde oyó misa, rogando, segun su costumbre, con gran fervor. Tenia preparada su comida en el palacio arzobispal: pasó pues allí, y se sentó á la mesa con todos sus boyardos. Apenas se habian sentado, cuando se levantó arrebatadamente, arrojando un grito espantoso, que era la señal concertada. Llegaron al momento sus satélites, y se apoderaron del arzobispo, de sus oficiales y sirvientes. Todo fué saqueado, sin perdonar ni siquiera á las iglesias. Soltikof, mayordomo mayor del czar, y Eustaquio, confesor de este monarca, robaron el tesoro, los vasos sagrados, las imágenes y hasta las campanas de Santa Sofia. Ejecutáronse estas profanaciones y rapiñas en todos los lugares en que se practicaba con algun esplendor el culto religioso: despues de esto vinieron lo que se llamaban los *juicios*; y ved ahí cómo se procedía. Ivan y su hijo pronunciaban los sentencias. Conducian cada dia á su presencia de 500 á 1,000 habitantes, los cuales eran entregados al instante á los verdugos. Una ingeniosa crueldad variaba el espectáculo de los suplicios: habian preparado materias combustibles, con las cuales untaban á sus victimas, y en seguida les pegaban fuego. A veces eran conducidos sobre un puente, atados por la cabeza ó los piés á un trineo; buscaban el lugar en que no estuviese el rio cubierto de hielo, y allí eran precipitadas de lo alto del puente familias enteras; las mujeres con sus maridos, las madres con sus hijos en los pechos; mientras que los soldados recorrían el rio en lanchas, atravesando á lanzadas, ó dando sablazos á los infelices que aparecian sobre el agua. Un saqueo general puso fin á estas mortandades.

(Se continuará.)

Viaje de SS. MM. el emperador

Y LA EMPERATRIZ Á CHARTRES.

El domingo 9 de mayo el emperador y la emperatriz fueron á Chartres para visitar el concurso regional, que comprende los departamentos del Calvados, Eure, Eure et Loir, Mancha, Sarthe, Sena Inferior y Orne.

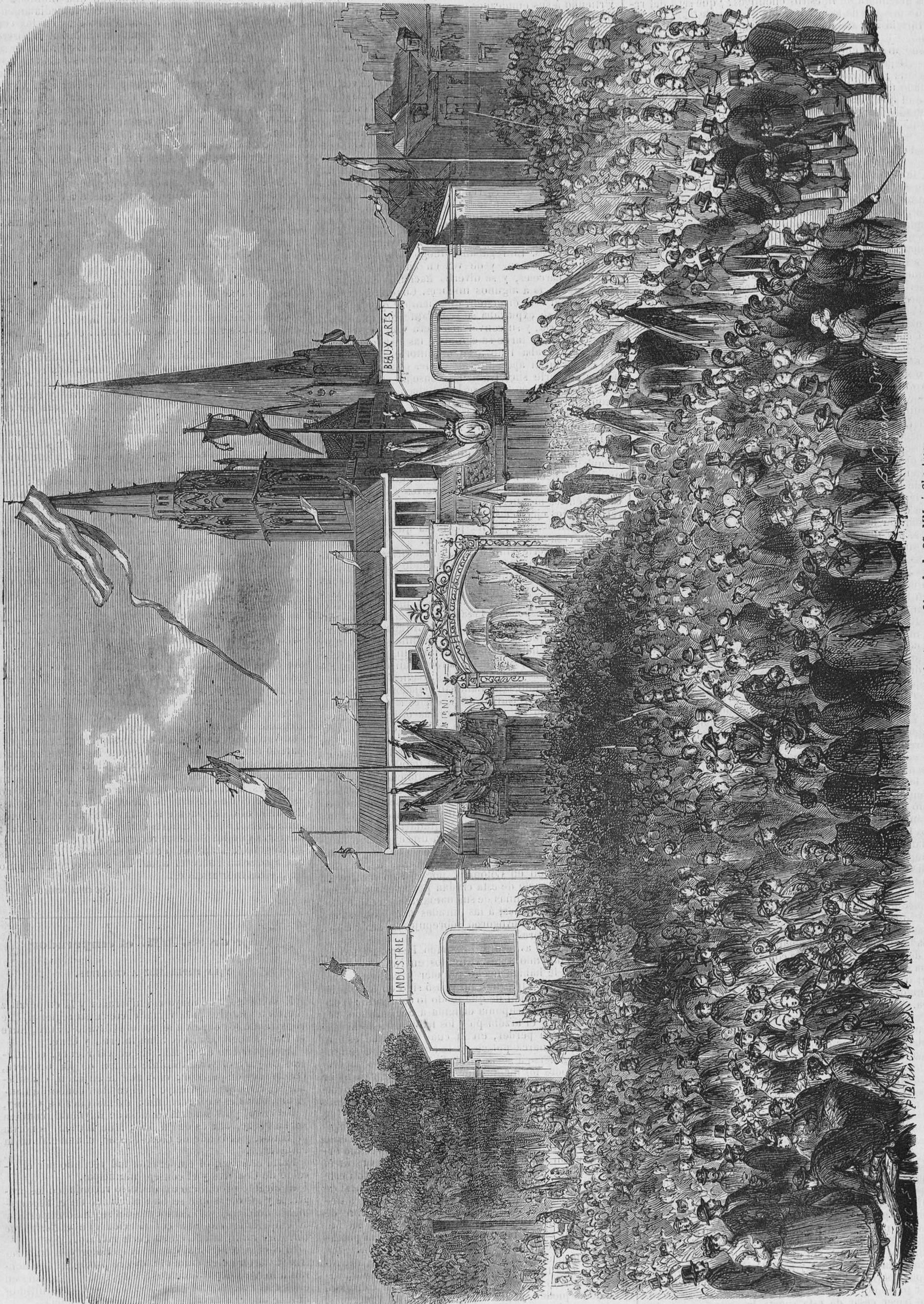
Acompañaban á SS. MM. el general Fleury, caballero mayor; el vicealmirante Jurien de La Gravière, edecan del emperador; el conde de Arjuzon, chambellan; el comandante Reffye y el capitán conde de Lauriston, oficiales de ordenanza; el marqués de Canisy, caballero, y las señoras condesa de Rayneval, condesa de La Poeze, damas de palacio; Mlle Marion, señorita de honor, y el conde de Cossé-Brissac, chambellan de la emperatriz.

En la estacion, el emperador fué recibido por el alcalde de Chartres y el consejo municipal.

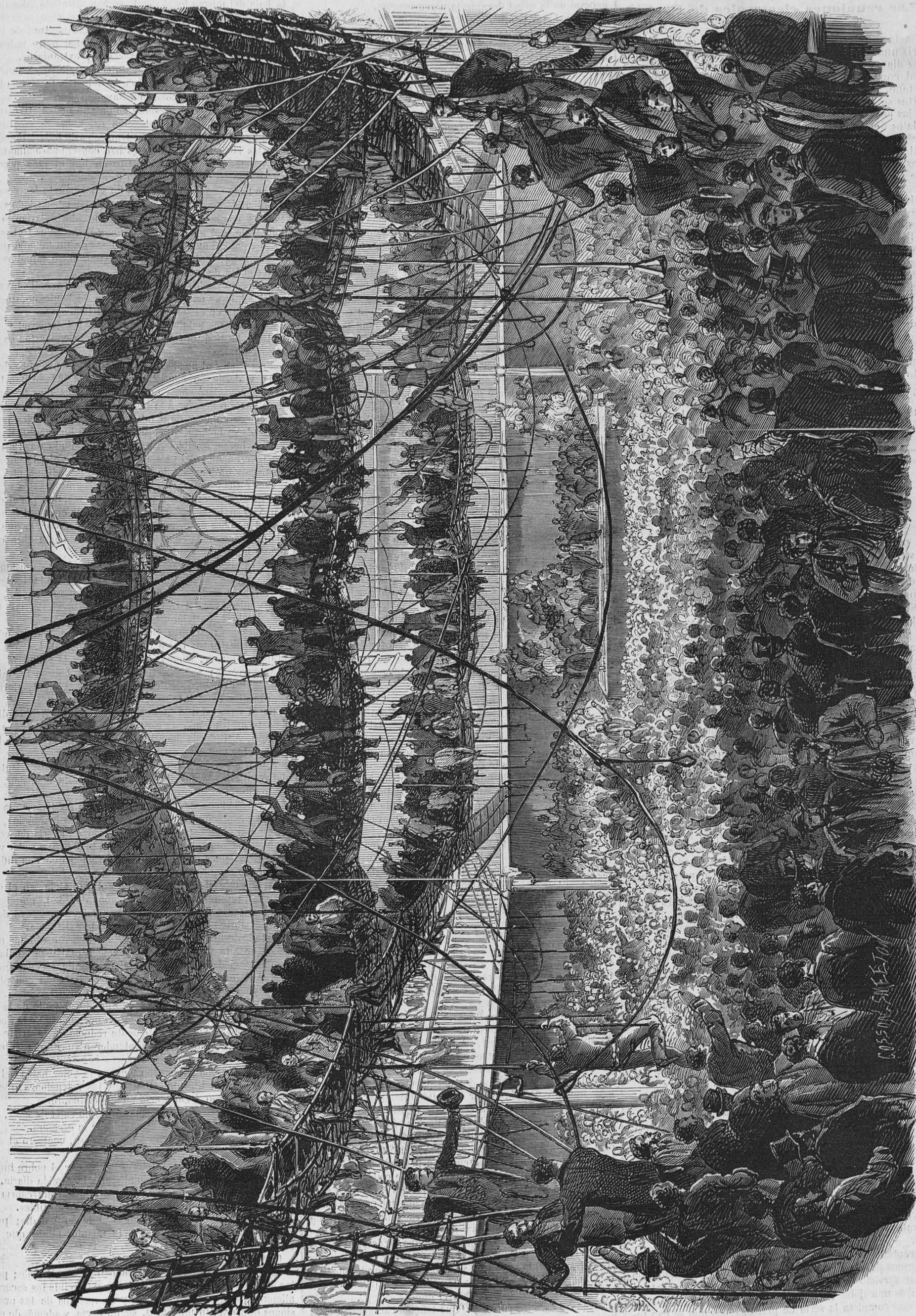
El alcalde pronunció un discurso recordando los progresos y las obras que se han efectuado en el departamento desde el establecimiento del segundo imperio, y el emperador dió una contestacion que el *Correo de Ultramar* ha insertado en su *Parte Política*.

El concurso regional que el emperador y la emperatriz visitaron detenidamente, ofrece productos que honran á los seis departamentos allí representados, pues en ellos están resumidos los progresos que en los últimos quince años ha hecho la agricultura en Francia.

R. DE M.



Viaje del emperador y de la emperatriz á Chartres. — Llegada de SS. MM. á Chartres.



Las elecciones. — Una reunion electoral en el Gimnasio Triat en Paris.

Las reuniones electorales de París.

Hacia mucho tiempo que no se había observado en París una agitación igual á la que se nota en estos últimos días. La fiebre política se ha apoderado de la capital con motivo de las elecciones generales que han de tener lugar en los días 23 y 24 de mayo. Por todas partes se han organizado reuniones privadas y públicas, en las cuales se pasa exámen, digámoslo así, á los candidatos de todos los matices. Todos los locales se aprovechan para estas asambleas populares. Las salas de bailes públicos, los teatros, los circos, hasta las casas en construcción se aprovechan para el caso, y así sucede que presentan un carácter pintoresco digno de ser representado por medio del lápiz.

Un periódico ilustrado como es el nuestro no podía menos de ofrecer á sus lectores alguna vista que diese idea de la fisonomía de tales reuniones, y hemos elegido la del Gimnasio Triat, en la segunda circunscripción, donde el elemento pintoresco domina efectivamente mas que en todas las otras.

Para formarse una idea completa de un cuadro tan original, es preciso haber visto al pueblo subiendo por las escalas, corriendo por los aparatos gimnásticos como si fuesen los cordajes de un buque, á fin de instalarse lo mejor posible allí donde encontraba un vacío cualquiera. El auditorio se columpiaba en los trapezios mientras el orador exponía sus principios en la tribuna. El puente transversal se encontró un instante tan cargado de gente, que se temió una desgracia; pero á la voz de alarma, cada cual se apresuró á desocuparle.

Tas es el espectáculo que se ve trazado con toda exactitud en nuestra lámina.

J. B.

Revista de París.

A principios de junio próximo se espera en París la visita del virey de Egipto que, á la hora en que nos llega esta noticia, ha emprendido ya su expedición á las diferentes cortes de Europa á fin de convidar personalmente á los soberanos para las grandes fiestas de la inauguración del istmo de Suez, las cuales, según se afirma, tendrán lugar á mediados de octubre. El virey desembarcará en Venecia, y de allí pasará á Florencia, luego á Viena y á Berlin, y llegará á París en el tiempo que hemos dicho. Parece confirmarse que la emperatriz Eugenia asistirá á la inauguración; y además se añade igualmente que tienen intenciones de aceptar el convite el gran duque Constantino y el gran duque Vladimiro, el príncipe de Hohenzollern y su esposa, los archiduques de Austria, el príncipe de Gales, etc. Por último, presidirá la ceremonia el sultan en su calidad de soberano del virey.

Con este motivo se dice que el virey trae á Francia la idea de dirigir invitaciones á distintos periodistas, que harían un viaje tan divertido como útil, sin desembolso alguno, pues claro está que los convidados del virey no pueden verse en la precisión de sufragar los gastos considerables de tan largo y cortoso viaje, máxime cuando se propone que visiten todas las curiosidades del alto Egipto, la tierra clásica de los Faraones y de los Tolomeos, donde cada día hace interesantes descubrimientos la ciencia moderna.

Lo mas notable en todo esto, y lo que importa principalmente, no solo á Europa sino á todo el mundo, es que ya se señala la fecha en que el istmo de Suez estará abierto: la obra calificada de imposible y combatida durante tantos años, está ya á punto de dar un solemne chasco á sus detractores.

Entre tanto, en ese mismo istmo acaba de ocurrir un hecho de alta importancia, y que demuestra que el canal marítimo será útil, no solo para las relaciones del mundo mercantil, sino también para la salud pública.

Han atravesado en buques de la compañía del canal 3,928 peregrinos, llegados de la Meca por Djedda. Cada convoy, de 500 ó 600 hombres, han pasado desde el mar Rojo al Mediterráneo en veinte y cuatro horas, comprendidas las de escala.

El transporte se ha efectuado con la mayor facilidad y confianza.

Se esperan de Medinat al Nabi otros 4,000 peregrinos que atravesarán el istmo de la misma manera.

La Europa puede confiar que en adelante no se introducirá el cólera en su territorio. Los peregrinos que vienen de la Meca y de Medinat están sujetos, á su llegada á Suez, aun cuando traigan patente limpia, á una observación de ocho días; y como la vigilancia es mas difícil en las grandes ciudades, como el Cairo y Alejandria, ha ordenado el virey que, en vez de atravesar el Egipto, sigan el camino del canal y vayan á embarcarse á Puerto-Said, donde les esperan vapores que les conducirán á sus respectivos destinos.

Durante el trayecto se vigila el estado sanitario de los peregrinos por los médicos del gobierno egipcio, unidos con los del servicio de sanidad de la compañía del canal de Suez: es una doble garantía.

Es mas completa la serie de precauciones que se han tomado contra el cólera.

En la Meca hay una comisión que hace notar el estado general de la salud durante la peregrinación.

En Djedda ó Yambo, antes de embarcarse, esta comisión inspecciona individualmente á cada peregrinación.

A su llegada á Suez sufren nuevamente una observación de cinco días, ordenada por los médicos del gobierno egipcio, que, ayudados por un médico comisario turco y de los médicos de la compañía, inspecciona el estado de los peregrinos á su entrada en Egipto.

Durante la travesía del canal, los médicos del gobierno, ayudados por los de la compañía, continuarán la vigilancia.

En Puerto-Said, antes de embarcarse para volverse á su país, se inspeccionan de nuevo á bordo á los peregrinos.

Ante este lujo de precauciones, nada tiene que temer la Europa del cólera, si puede ser detenida esta enfermedad por medidas sanitarias.

Tales son las importantes y gratas noticias que nos dan los periódicos del istmo, pues todos los años por este tiempo las famosas expediciones de peregrinos nos hacen temer las terribles visitas del cólera morbo.

En cuanto á noticias de actualidades parisienses, lo primero que hay es que nos encontramos ya en la época mas triste del año para la crónica. La emigración campestre ha comenzado, no obstante las incertidumbres del tiempo: las carreras de caballos, que sean en el bosque de Boulogne, en Vincennes, ó en Chantilly, ofrecen siempre el mismo espectáculo, y los teatros y los paseos apenas se ven frecuentados mas que por los extranjeros y los provincianos que se hallan de paso en París, y que tienen que aprovechar la ocasión, sea ó no de gran tono mostrarse en los Campos Eliseos ó en el bosque y sean cuales fueren las funciones teatrales.

Es verdad que nos queda el velocífero, con el cual troppezamos por todas partes; pero los incidentes á que da lugar tienen poco de divertidos para las crónicas.

Lo que sí queremos decir á propósito de este aparato de locomoción que se tiene por cosa nueva, y como tal está haciendo furor, es que muy al contrario, su invención cuenta ya largos años de fecha, pues pertenece al principio de este siglo.

Parece ser que fué su inventor el baron de Draiss, vecino de Dresde, si son ciertos los siguientes datos exhumados de un periódico del mes de julio de 1819, que copiamos á continuación, porque nos parecen muy curiosos.

La invención del velocífero tuvo el verano pasado muchos apasionados hasta en Italia; pero los mas decididos por este ejercicio violento, que tenía su aliciente en saber acreditar cierta destreza, no pudieron menos de confesar que el uso de esta máquina tenía el inconveniente de fatigar demasiado el cuerpo, á mas de tener los piés en un continuo movimiento, y por consecuencia inadaptables para un viaje largo, ni aun para un rato de diversion. Desde que llegó de Dresde el velocífero, se creyó en Italia que era susceptible de alguna mejora ó rectificación, y en efecto se consiguió disminuyendo, aunque muy poco, la fatiga del que lo montaba; como sucede en todas las invenciones que no tienen una utilidad real y verdadera, la máquina del baron de Draiss pasó de la gente del gran mundo á manos de la plebe, y pocos meses despues ya no se volvió á hablar mas del velocífero, como si nunca hubiera existido. Pero la idea primera imperfecta sirve á veces de estímulo á los ingenios reflexivos y suelen resultar de ella descubrimientos útiles y perfectos.

Así ha sucedido. El velocífero sugirió la idea del velocimano, inventado por el milanés Cayetano Brianza. Esta máquina marcha adelante con el movimiento de dos manos, fácil y alternado, y aun tambien con una sola. El que lo monta está sentado cómodamente, y tiene los piés sobre un apoyo, del que solo hace uso para girar. Se avanza con él con la misma facilidad que se ceja, y se suben las cuestas con mucha mayor agilidad que con el velocífero. Es útil en todos sentidos, y como no causa cansancio alguno, ha tenido gran aceptación el uso del caballo mecánico, que puede servir para las señoras, pues no obliga á mantener género alguno de equilibrio, como el velocífero que es expuesto á una desgracia.

Queriendo el inventor Brianza proporcionarse el premio de sus trabajos, ha abierto una suscripción á esta máquina en Milan, Contrada larga, nº 4,774. Luego que haya recogido cien firmas para otros tantos caballos mecánicos, dará principio á la construcción, y se empeña á entregar á cada uno el suyo en el término de cuatro meses. Le es necesario este número para la mayor comodidad del precio, y tambien para no trabajar á la ventura. El coste de cada caballo mecánico será de 300 libras milanesas (848 rs. vn.) que han de satisfacerse, la mitad en el acto de suscribirse, y la otra mitad al recibir la máquina. Este precio no parecerá inmoderado al que ponga atención á la prolijidad y dispendio que exige la perfección del todo, y de cada una de sus partes: y el inventor se obliga á responder de cuenta suya por cualesquiera rotura ó descomposición que pudiese ocurrir en los seis primeros meses, sin llevar dinero alguno por ello.

El aparato en cuestion, que se llamaba VELOCIMANO ó VERDADERO CABALLO MECÁNICO, tenía una rueda por delante y dos por detrás, y el mecanismo, para correr sobre él, consistía en alzar y bajar las dos alas ó paletas del caballo.

Este mismo modelo existe en el día.

Nuestros lectores saben ya que tenemos actualmente en París una exposición de Bellas Artes, pues en este mismo periódico reproducimos aquellas obras que nos parecen mas

dignas de darse á conocer; y hoy añadimos que en la planta baja del mismo local donde se han instalado las galerías de pinturas, acaba de abrirse otra exposición organizada por la Sociedad imperial y central de horticultura de Francia, á la que han sido invitados á tomar parte todos los horticultores y aficionados franceses y extranjeros.

Nada mas bello que esta exhibición que se extiende en la inmensa nave del Palacio de la Industria trasformada en un verdadero jardín donde no hay una flor, hasta las mas vulgares, que no se presente con algun nuevo atractivo.

Lo que mas llama la atención es, como de costumbre, todo lo exótico: esas plantas tropicales de follaje magnífico que los horticultores franceses han conseguido aclimatar en los invernáculos, y que constituyen hoy el mas preciado adorno de todo jardín cuidado con esmero.

Las frutas no hacen todavía un gran papel: los cerezos, los albaricoqueros y los melocotoneros son demasiado raquíticos, y no obstante su precocidad, á nadie le darian la tentación de probar sus descoloridos y menguados frutos.

En cambio hay piñas hermosísimas de un tamaño prodigioso, y que causan admiración, aun entre aquellos que conocen las de las Antillas.

Todas las tardes este encantado jardín se halla invadido por los lujosos paseantes del bosque de Boulogne, que hacen un alto en el Palacio de la Industria.

Digamos dos palabras sobre la Sociedad imperial y central de horticultura de Francia que dispone estas exposiciones florales.

Esta Sociedad incansable cuenta ya algunos años de fecha; y desde su constitución definitiva (22 de agosto de 1827), consideró como uno de los medios mas poderosos para hacer progresar á la jardinería, la organización de exposiciones públicas de plantas y de frutas notables por su utilidad, su belleza, y sobre todo por su buen cultivo.

La primera exhibición tuvo lugar en junio de 1831, en los invernáculos del palacio de Tullerías, y desde entonces hasta hoy no han cesado de sucederse periódicamente.

Con estos estímulos se logran los progresos.

A su tiempo dijimos á nuestros lectores, que por decreto imperial se había señalado un premio de cien mil francos, con el nombre de gran premio del emperador, y que debía otorgarse cada cinco años, al autor de una obra notable de pintura, escultura ó arquitectura.

Ahora bien, dias pasados se ha nombrado la comisión que debe dar este gran premio, y su composición es la siguiente: PINTORES: Señores Couder, Robert-Fleury, Cabanel, Gérôme, miembros del Instituto; Amaury-Duval, Barrias, Baudry, Jalabert, Larivière, Lenepveu.

ESCUultores: Señores Dumont, Guillaume, Barye, miembros del Instituto; Barre (Jean-Auguste), Cabet, Carpeaux, Crauck, Gumery, Thomas (Gabriel-Jules), de Triqueti.

ARQUITECTOS: Señores Duban, Lefuel, Labrousse, miembros del Instituto; Ballu, Bœswillwald, Clerget, Garnier, Questel, Reynaud (Léonce), Viollet-Leduc.

En el caso en que la comisión no halle una obra digna de este gran premio, la cantidad de cien mil francos se entregará, á título de donativo, á la caja de la Sociedad de los artistas pintores, escultores y arquitectos.

No dejaremos de tener al corriente á nuestros lectores del resultado de las deliberaciones de esta comisión, que tanto interesan al mundo artístico.

Los periódicos de la semana que dan á conocer dia por dia los acontecimientos de que se alimenta la crónica, refieren con distintos detalles una curiosa historia de avaro, que verdaderamente pone el colmo á todo lo que se ha visto hasta hoy, pues es un caso de aberración que con dificultad puede comprenderse.

En una casa de la calle de San Sulpicio vivía, en el último piso, un anciano de setenta años de edad, que había tenido en otro tiempo una vida ocupada, y se creyó debía estar al abrigo de las necesidades de la existencia.

Dotado de una actividad suma, y muy estimado por personas de alta posición, había sabido captarse la confianza de una sociedad filantrópica, la que le dió el encargo de visitar á los pobres para poder hacer limosnas con pleno conocimiento de causa.

Quince ó veinte años hacia ya que el habitante de la calle de San Sulpicio repartía socorros por cuenta de la Sociedad, cuando se vió aparentemente reducido á la triste necesidad de solicitarlos para atender á su propia subsistencia.

Ultimamente había decaído mucho: la vejez había debilitado sus facultades intelectuales, y las privaciones que se imponía llegaron á conocerse en su semblante.

Habiendo observado sus vecinos que no salía de casa, entraron en zozobra y le llamaron desde la escalera.

— No tengo fuerzas para salir de casa, contestó el anciano.

Y entonces los vecinos, interesándose por el pobre imposibilitado, convinieron en suministrarle la comida diaria.

Cada vez que se presentaban, el anciano entreabría la puerta solo lo suficiente para recibir los comestibles.

Esta particularidad no llamó la atención á nadie; pues apenas entreabría la puerta, salía un olor fétido que les obligaba á retirarse á toda prisa.

Unos dos meses duró esta situación.

Los caritativos vecinos continuaban manteniéndole; pero les afligía aquella manera que tenía de recibir los socorros alimenticios, pues se enfadaba y se quejaba de las provisiones que eran insuficientes, según decía, y además de mala calidad.

Ahora bien, como le juzgaban maniático, y le creían en

la última miseria, ni sus exigencias ni sus rarezas alteraron la obra filantrópica que con él hacían.

Sin embargo, á principios de la última semana, llegaron á ser tan intensas las exhalaciones fétidas, que los inquilinos obligaron al casero á que tomara medidas higiénicas á fin de evitar las funestas consecuencias que allí podían tener aquellos pestíferos miasmas.

Se dió aviso al celador del barrio, que inmediatamente se presentó, acompañado de un médico, en el domicilio del anciano.

El cuarto inmundo en donde este vivía ofrecía un espectáculo repugnante.

Además de la fetidez que les detuvo en el umbral, hallaron al septuagenario tendido sobre un montón de sucios harapos. Sus facciones alteradas por falta de alimento, sus ojos hundidos en sus órbitas, su cutis trasparente y estirado sobre los huesos, le daban el horrible aspecto de un esqueleto animado con el soplo de la vida.

Finalmente, en medio de aquella inmundicia ya roían su cuerpo los gusanos.

¿Quién lo creería! El anciano que voluntariamente se moría allí de hambre, tenía á la vista y al alcance de su mano más de 6,000 francos en monedas de oro.

El avaro había perdido el instinto de la conservación, y su pasión había sobrevivido al naufragio de sus facultades intelectuales.

Al ver que penetraban dos hombres en su casa, gritó pidiendo auxilio, pues se le figuraron ladrones y asesinos. Imaginábase que querían atentar contra su vida y contra su oro, que para él eran inseparables, tanto que prefería sufrir los tormentos del hambre antes que disminuir el gozo que le causaba la vista del precioso metal.

Procedieron inmediatamente á purificar aquella atmósfera derramando cloro á manos llenas, no solo en el cuarto de aquel hombre, sino en toda la casa, y después condujeron al anciano á un hospital de sanidad.

Entre sus ropas tenía cosidas una porción de monedas de veinte francos.

Pusieron los sellos en los pocos muebles que había, y es de creer que cuando se haga el inventario se encuentren otros escondites de dinero.

Las monedas de oro que tenía al rededor de su cama de modo que pudiera contarlas y palparlas continuamente, eran del tiempo de Luis Felipe y de la república, de lo cual se deduce, añade el periódico *la Libertad*, del que tomamos estos pormenores, que su fortuna tuvo origen en aquellas dos épocas.

Pasemos á los teatros, que van á entrar ó comienzan á entrar ya en las vacaciones veraniegas.

Con efecto, las representaciones del mes de mayo en los Italianos apenas han durado un par de semanas, no obstante el talento de Rossi, de quien hablamos ya con motivo de la representación de *Hamlet*, y los esfuerzos de los artistas que quedaban de la compañía lírica del invierno.

Además de los Italianos, estarán cerrados durante el estío los teatros siguientes: el Odeon, el Teatro Lírico, la Puerta de San Martín, el Chatelet, los Bufos, el Palacio Real, Dejazet, el Ateneo, los Delassements y las Novedades.

Es, con efecto, lo mejor que pueden hacer los empresarios parisienses durante el verano. Con tal que queden abiertos la Grande Opera y el Teatro Francés, los extranjeros y los provincianos se dan por satisfechos; y aun estos, sin la subvención gubernamental, saldrían seguramente muy perjudicados en sus intereses. En el verano son otros los espectáculos, otras las diversiones que busca el público: los bailes en los jardines, los conciertos en los Campos Eliseos, las funciones del circo de la Emperatriz, tienen más aliciente que las óperas, los dramas y las comedias que se ejecutan en los teatros sometidos á una temperatura que los convierte en hornos encendidos. Sin embargo, si alguna novedad importante llegara á salir á luz, no nos descuidaremos en dar cuenta de ella, así como también señalaremos aquí toda noticia teatral que ofrezca interés para estas crónicas.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA VOZ DEL SENTIMIENTO.

Á ENRIQUE DEL SOLAR.

¿No te place á la orilla de los mares
En las serenas tardes del estío,
Cuando la noche el pabellón sombrío
De su espesa tiniebla extiende ya,
Dejar vagar el pensamiento en alas
De tu joven, ardiente fantasía,
Y al rumor de esa lánguida armonía
Tu alma á sueños felices entregar?

¿No se lanza á otra esfera el pensamiento?
¿No oprime á tu alma incógnito respeto,

Y un eco te habla en ella hondo y secreto
Que te obliga en silencio á meditar,
Ante ese espacio, ese horizonte inmenso
Que poco á poco se oscurece y triste
Su color de naranja en luto viste,
Trueca su luz en densa oscuridad?

Esa solemne voz que te habla entonces,
Envuelta en vaguedad y en dulce calma,
Que en mística armonía escucha el alma
Y es eco misterioso del dolor:
¿Esa es la voz del sentimiento! ¿Dulce,
Secreta, melancólica y sublime,
Por ella llora y en silencio gime
Palpitando á su encanto el corazón!

Doquiera que esa voz se escucha y siente,
Cual de un arpa lejana el eco vago,
Ya á la orilla pacífica de un lago
Que el aura riza trémula al pasar;
En las tardes románticas de otoño,
En las plácidas noches del estío;
Ya al tranquilo rumor del patrio río,
Ya al monótono son del patrio mar.

La oye el anciano débil que se rinde
Al peso de la edad, si considera
En tiempo que vió huir, la árdua carrera
Que cual rápida sombra recorrió:
Y la oye en los latidos de su pecho
El joven corazón que á amar empieza,
En sus horas de insomnio y de tristeza,
De exaltación febril, de ardiente amor.

¿Yo he cruzado el desierto en alta noche!
La luna el firmamento recorría,
Y á su luz muribunda aparecía
¿Cuán sublime la inmensa soledad!
Cercada entonces de grandeza augusta
Me habló esa voz magnífica, elocuente;
Y me postré de hinojos reverente
En medio del silencio á meditar.

Muda, imponente, la escuché otras veces
En la popa del barco reclinado
Cuando surcaba el piélago salado
En la nocturna, espléndida quietud:
Creí escuchar entre la blanca espuma
Del mar de plata al plácido murmullo,
El doliente gemido, el triste arrullo
De las Ondinas pálidas del Sud.

En la noche, en la tarde, en el desierto,
En el valle, en las brisas, en los mares;
Ante el ara implorando en los altares,
En el lecho postrado del dolor:
¿Allí se oye la voz del sentimiento
Que habla al alma en suavísima armonía!...
Y ¿sabes lo que dice? — ¿Poesía,
Dolor, recuerdos, esperanza, amor!

Fe.

¿Yo creo en Dios! Su ley en mi conciencia
Está grabada, y en el cielo escrito
Lee su santo nombre el alma mía:
La Eternidad el día
Es de su Ser, la Inmensidad su esencia,
Y su tiempo y su cifra el Infinito.
Todo canta su gloria: el firmamento
Brotó en la nada á su fecundo acento;
Y El señaló su término y carrera
Al sol que alumbra en la inflamada esfera.

Es trino y uno: á comprender no alcanza
Mi humillada razón su alto misterio,
Que la razón del hombre es bien pequeña:
Pero, mi fe me enseña,
¿Y creo! — Y mi alma hasta su Dios avanza,
Roto el lazo del bajo cautiverio.
Si la duda me asalta en mi camino
Su nombre imploro y su favor divino,
Y de la fe los plácidos raudales
Me bañan en placeres celestiales,

¿Oh madre del dolor, Virgen María!
¿Tú, que llevaste en tu inocente seno,
En dulce prenda al Salvador del mundo!
Si en el dolor profundo
Del tránsito final la duda impía
Viene á asaltar mi corazón hoy lleno
De fe y de religión: ¿Madre del alma!
¿Ten compasión de mí! Vuelve la calma
A quien hoy con el llanto de sus ojos
Riega tus pies ante tu altar de hinojos.

¿Lejos de mí la duda! Mi fe ardiente
Que adoro intacta, y que conservo pura,
Es la luz de los cielos descendida
Para alumbrar mi vida:
Es la luz salvadora y trasparente
Que, faro santo, en la tiniebla oscura
De la noche del mundo me ilumina.
Por la senda del bien mi paso inclina,
Y si caigo me asiste y me sustenta,
Y en la piedad para seguir me alienta.

Cuando de dura suerte á los rigores
Flaquea el corazón, y nube densa
Se extiende sobre el sol de nuestro cielo
Como crespon de duelo;
En medio de los fúnebres dolores,
Del duelo atroz, de la amargura intensa,
Se oye una voz secreta, dulce y santa
Que al fondo del alma se levanta,
Y el mal mitiga y el dolor presente
Con la esperanza de una patria ausente.

¿La Fe! — Ella muestra un porvenir más bello
Que el cerco vil á que nos ata el mundo
Sobre el espacio en límite mezquino.
Mas alto es el destino
Que espera al alma del mortal: destello
De la mente de Dios, cuando al profundo
Abismo del no ser le arrancó vida,
Debe volver á él; y ¡ay quién no vuelve!
¿Que en llanto amargo y en dolor se envuelve!

Yo creo en tus misterios; yo venero
Tus santas leyes y tu dogma santo:
¿Divino Redentor, tu nombre adoro
Y tu piedad imploro!
Vengo á tu altar, y culto verdadero
Te rindo en él regado con mi llanto.
Jamás, jamás, las sombras de la duda
Turben mi fe: con tu favor y ayuda
Pueda á la orilla del sepulcro frío
Tu dulce nombre pronunciar, ¡Dios mío!

¿Oh víctima del Gólgota, que espiras
En patíbulo vil con dura afrenta,
Das á la Humanidad lección sublime!
Tu corazón se oprime
De angustia, y solo en tu dolor te miras,
Solo, y pendiente de la cruz sangrienta:
Un insensato pueblo te provoca,
Lleva esponja de hiel sobre tu boca,
Te insulta y befa, y á tu sien divina
Ciñe corona de punzante espina.

En tanto que tu pueblo desalmado
Te da muerte feroz, oh Cristo, tú oras
Desde la Cruz por él, al cielo clavada
Tu postrimer mirada.
¿Oh, yo te adoro en esa cruz clavado,
Donde el perdón por tu verdugo imploras!
¿Y si la fe que tengo no tuviera
Que eres mi Dios, oh Salvador, creyera
Por perdón tan augusto en tal suplicio!
¿Era solo de un Dios tal sacrificio!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

M. Washburne.

M. Washburne, que debe llegar á París próximamente á tomar posesión del cargo de ministro de los Estados Unidos en reemplazo del general Dix, figura entre los hombres políticos llamados á los negocios por el general Grant, como uno de los que parece han de tener una poderosa influencia en la marcha del nuevo gobierno. Abogado distinguido, orador muy apreciado en

la Cámara de representantes, disfruta en su país de una reputación merecida por su talento y su carácter.

M. Washburne nació en 1816 en Livermore, en el Estado del Maine.

Como Franklin, como Abraham Lincoln y como la mayor parte de los americanos que han desempeñado un gran papel en la historia de su país, comenzó por ejercer un oficio, antes de abrazar una profesión liberal. Primeramente fué cajista, luego estudió leyes y se estableció en Galena (Illinois) en clase de abogado. No tardó mucho tiempo en entrar en la vida política. Elegido miembro del Congreso, se colocó entre los republicanos liberales, y como á su profundo conocimiento de los negocios reunía una elocuencia sobria y vigorosa, fué en cuatro legislaturas consecutivas uno de los *leaders* de la asamblea, y repetidas veces le llamaron para los mas altos cargos, siendo presidente del comité de Comercio, y luego del comité de Apropiaciones, especie de tribunal de cuentas cuyo objeto es examinar el empleo de los caudales públicos y la repartición de los presupuestos.

Cuando estalló la guerra de sucesión, hizo conocimiento M. Washburne con M. Grant. El futuro presidente no era otra cosa á la sazón que un oscuro empleado en el almacén de cueros de su padre. M. Washburne, ya rico y célebre, se empeñó para que obtuviera su nuevo amigo el grado de capitán en un regimiento de voluntarios, y de aquí le hizo pasar á mas altos empleos.

Desde aquella época se estrechó



M. Washburne, nuevo ministro de los Estados Unidos en Paris.

íntimamente la amistad entre M. Washburne y el general Grant; y cuando este último fué elegido presidente, uno de sus primeros actos consistió en nombrar secretario de Estado al diputado del Illinois. Este importante puesto ha dejado M. Washburne para venir á Paris con el cargo de representante de los Estados Unidos.

Si, como se asegura, el presidente Grant quiere inaugurar en cierto modo una nueva era en la historia política de su país, extendiendo considerablemente la influencia de los Estados Unidos en el extranjero, necesita, para representar á su gobierno cerca de las potencias europeas, hombres de toda su confianza, con los cuales pueda contar como consigo mismo. M. Washburne es uno de esos hombres; y en todo caso, puede considerarse desde luego como uno de los que poseen en mas alto grado la confianza del Presidente, y que están mas iniciados en el secreto de sus planes.

P. P.

La Exposición

DE BELLAS ARTES DE 1869.

El primero de los cuadros que hoy reproducimos, es de M. Worms y se titula *Un talento precoz*.

El autor ha traído este asunto de su viaje á España. Una familia pobre en Andalucía se agrupa en torno de un chico que por primera vez rasca la guitarra: hé ahí toda la escena; pero la postura



EXPOSICION DE 1869. — *Un talento precoz*, cuadro por M. Worms.

del muchacho inclinado sobre el instrumento, que es mas grande que él, las fisonomías de los oyentes; la mueca del hermano mayor, á quien la jóven madre señala el ejemplo del tierno aficionado, todo esto está expresado con un talento y una delicadeza de observación que se revelan hasta en los mas ínfimos detalles de esta obra. Así el aplauso con que ha sido recibida esta composición, confirma el que obtuvo tambien el autor el año pasado con otra pintura de género muy distinto, y que llevaba el título de *la Romanza á la moda*.

Vigilante galo, por M. Luminais. — Observemos con atención este cuadro tan original de M. Luminais. El entendido artista, que ha pintado tantas marinas de Bretaña, nos presenta este año una pintura que muestra su talento bajo un aspecto muy distinto. Ese guerrero, que hace el papel de vigilante, espía de lejos al enemigo: es un galo encaramado en una encina druidica para descubrir la vanguardia de alguna legión romana.

Ese compañero de Vercingetorix tiene la firme y viril actitud de los hombres que formaban aquellas heroicas tribus que durante diez años lucharon contra los vencedores del mundo. Es el elemento pintoresco introducido en la historia, y al reunir esos dos géneros, M. Luminais ha pintado un cuadro de un mérito incontestable, y que llama mucho la atención en la Exposición de 1869. P. P.

Las estrellas errantes.

Las *estrellas errantes*, los globos inflamados (*bólides*) que cruzan por la atmósfera dejando en pos de sí un largo reguero luminoso, y estallan en fragmentos como las bombas y las piedras que caen del cielo (*aerolitos*) con un estruendo parecido al del trueno, constituyen un conjunto de fenómenos, cuya teoría, poco conocida aun, ofrece sin embargo grande interés. Todo induce á creer que estos meteoros son pequeños cuerpos que se mueven en torno del sol, obediendo como los planetas á las leyes de la gravitación, y que al llegar á la tierra se hacen luminosos en los límites de nuestra atmósfera, y se dividen entonces con frecuencia en fragmentos cubiertos de una capa negra y brillante, que se precipitan en la superficie del suelo. El sabio alemán M. Reichenbach establece un lazo íntimo entre ellos y los cometas, que considera como inmensos amontonamientos de polvo cósmico, cuyos elementos se mantienen á grandes distancias unos de otros; pero solo pueden hacerse vagas hipótesis sobre su manera de concentrarse, y nos limitaremos á presentar un resumen de las principales observaciones.

Se halla completamente demostrada la relación entre los bólides y las estrellas errantes, pues no tan solo aparecen á un tiempo los dos fenómenos con frecuencia, sino que sus discos aparentes, sus regueros luminosos y su velocidad real no ofrecen diferencias esenciales y únicamente las ofrecen de magnitud.

Las piedras meteóricas penetran á veces en el suelo hasta cinco metros de profundidad. Una pequeña nube muy oscura aparece repentinamente en un cielo sereno, y las piedras caen en medio de explosiones que se parecen al estampido del cañon. Estas nubes han recorrido á veces comarcas enteras sembrando el suelo de fragmentos muy desiguales, pero de idéntica naturaleza. Se ha visto tambien, pero raras veces, caer aerolitos de un cielo completamente puro, sin formación de una nube precursora. La velocidad con que caen es de cinco á nueve millas por segundo, casi igual á la de los planetas. Medidas exactas han permitido calcular los diámetros de algunos bólides, y se ha visto que era de 160 á 850 metros.

Por regla general, las piedras que se han encontrado constituían un núcleo sólido, metálico, con incrustacio-

nes formadas de cristales de olivina y piroxeno, y presentan un aspecto muy marcado de fragmentos. No parece probable que estos núcleos se hubieran condensado en su trayecto desde las capas extremas de la atmósfera hasta el suelo.

El peso de los aerolitos varía desde algunos gramos hasta varios centenares de kilogramos.

Se les ve brillar á alturas donde reina un vacío absoluto. «Sería difícil, dice Poisson, atribuir la incandescencia de los aerolitos á un frote con las moléculas

importantes: en primer lugar la coincidencia de una aurora muy intensa, con la mas magnífica aparición de estrellas errantes de que se tiene noticia; y en segundo lugar, la observación del almirante Wrangel, que vió en un cielo resplandeciente con el brillo de una aurora boreal, que ciertas partes que quedaban oscuras se iluminaban de pronto cuando cruzaba por ellas una estrella errante y conservaban despues su color rojizo.

Las estrellas errantes caen, ora aisladas ó en corto número, ora por enjambres y á millares. Los escritores árabes han comparado estas apariciones á nubes de langostas. Son periódicas y siguen direcciones generalmente paralelas, y segun el testimonio de todos los observadores, salen al parecer de un solo y único punto de la bóveda celeste situado cerca de una de las estrellas de la constelación de Leo.

Las apariciones mas célebres son las del 12 al 14 de noviembre y la del 10 de agosto, día en que se celebra la fiesta de San Lorenzo, «cuyas abrasadas lágrimas, dice Humboldt, parecen haber sido en otro tiempo en Inglaterra el símbolo tradicional de la vuelta periódica de estos meteoros.» Olmsted y Palmer observaron en América en la noche del 12 al 13 de noviembre de 1833 un innumerable enjambre. Las estrellas errantes caían como copos de nieve, y en un solo punto se contaron mas de 249,000 durante nueve horas de observación.

Estos millares de asteroides constituyen diversas corrientes que llegan á rozar con la órbita terrestre, como lo hace por ejemplo, el cometa de Biela, y puede imaginarse que su conjunto forma uno ó varios anillos continuos, dentro de los cuales siguen una dirección comun. Si se supone que estos anillos, en vez de ser homogéneos, solo contienen un pequeño número de partes en que los grupos sean bastante densos para dar lugar á una de estas grandes apariciones, se comprenderá por qué se reproduce raras veces el fenómeno excepcional del mes de noviembre de 1833. Segun un cálculo del astrónomo Olbers, se pudo pronosticar otro igual para el año 1867.

Cuando los aerolitos caen en el suelo tienen una temperatura muy elevada, pero no están candentes, y presentan un carácter comun que es imposible desconocer; cualquiera que sea la fecha de su caída y el sitio del globo en que se han encontrado, ofrecen las mismas formas exteriores, las mismas propiedades físicas de la corteza, el mismo carácter de agregación de sus elementos. Existen, sin embargo, notables diferencias individuales, porque hay aerolitos que contienen hasta un 96 por 100 de hierro, en tanto que otros apenas contienen un 2 por 100. La corteza presenta un brillo parecido al de la pez, y su grosor no excede nunca de algunos décimos de milímetro; el fuego mas violento de nuestros hornos de porcelana no podría producir una sustancia análoga, la cual se distingue de la masa interior de los aerolitos en que no hay alteración que pueda hacer creer que ha estado en fusión durante su breve trayecto por la atmósfera.

El análisis químico ha encontrado en estos cuerpos hierro, níquel, cobalto, manganeso, cromo, cobre, arsénico, estaño, azufre, fósforo, carbono, sosa y potasa, elementos que conocemos y que componen una multitud de espe-

cies minerales de nuestro suelo, pero que por la manera como están combinados en los aerolitos, presentan un carácter diferente, un aspecto extraño á nuestro globo. Antes del análisis espectral, este fenómeno, poniéndonos en comunicación material con los cuerpos celestes, nos demostraba la unidad de composición de nuestro sistema, unidad presentida ya por Newton.

Los aerolitos pueden servir para explicar el hecho singular que nos refiere la historia del oscurecimiento momentáneo del disco del sol en ciertas épocas, en que su luz llegó á disminuirse de tal modo que se veían las



EXPOSICION DE 1869. — *Vigilante galo*, cuadro por M. Luminais.

del aire. ¿No podría suponerse que el fluido eléctrico en estado neutro forma una especie de atmósfera que se extiende mucho mas allá de la masa del aire, que está sometido á la atracción de la tierra aunque sea físicamente imponderable, y que sigue por consiguiente á nuestro globo en sus movimientos? Bajo esta hipótesis los cuerpos de que se trata al entrar en esta atmósfera imponderable, descomponen el fluido neutro con su acción desigual sobre las dos electricidades, y se calientan y llegan al estado candente electrizándose.» Esta idea se confirma con la naturaleza eléctrica de las auroras boreales y con la consideración de dos hechos

estrellas en medio del día. Se citan tres días consecutivos en 1547, y algunas horas tan solo en 1090 y 1203, durante las cuales se produjo este fenómeno. Chladni lo atribuye al paso de masas meteóricas por delante del sol. «Desde que las estrellas errantes, dice Humboldt (Cosmos), se consideran formando un anillo continuo situado en el sentido de su dirección común, se ha advertido una singular coincidencia entre el orden periódico de las lluvias de meteoros y las manifestaciones de la misteriosa variación de la luz solar, y hasta ingeniosas investigaciones y una discusión profunda de todos los hechos conocidos, han conducido á Adolfo Erman á indicar dos épocas del año en que se manifiesta esta coincidencia de una manera notable, el 7 de febrero y el 12 de mayo. Ahora bien, la primera de estas dos épocas corresponde á la conjunción de las estrellas errantes que están en el mes de agosto en oposición con el sol, y la segunda corresponde á la conjunción de los asteroides de noviembre y á los famosos *días fríos* de las creencias populares (san Mamerto, san Pancracio y san Gervasio.)»

Un observador que ha prestado señalados servicios en esta parte de la ciencia, M. Coulvier-Gravier, presentó al Instituto de Francia una Memoria sobre la *variación horaria de las estrellas errantes*, y á consecuencia de esta comunicación el gobierno francés estableció un observatorio especial para las estrellas errantes en el palacio del Luxemburgo, y encargó su dirección á M. Coulvier-Gravier que continuó sus sábias investigaciones.

Z.

La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

I.

PRINCIPIO QUIEREN LAS COSAS.

A muy corta distancia de la villa de Granollers se levantan las ruinas grandiosas del que fué un día castillo de La Roca, cuyas ruinas, por los vestigios que aun parecen mostrar con orgullo, dan á conocer todo lo que de esplendor, riqueza y opulencia tuvo en épocas pasadas aquella señorial morada.

En el año 1130 era morada este castillo del opulento señor y buen caballero En Galceran de la Roca, quien vivía allí retirado en compañía de su linda nieta, preciosa y seductora joven de catorce años, que era conocida en toda la comarca por la *Damisela del Castillo*, á causa de ser la única y legítima heredera de los bienes y títulos del anciano señor. El nombre de esta niña era Dulce. Se lo dieran sus padres en memoria y grata recordanza de la célebre condesa Dulce, heredera de los condes de Provenza, la cual, al enlazarse con el de Barcelona En Ramon Berenguer III llamado *el Grande*, le hubo de traer en dote aquellas pingües posesiones que tanto debían contribuir al aumento de gloria y de cultura en las catalanas tierras.

Estos dos personajes, es decir, la niña Dulce y su abuelo el buen viejo Galceran, venerable anciano de blancas barbas y nevada cabellera, constituían todo lo que quedaba de la familia numerosa de La Roca.

Cuatro hijos había tenido En Galceran, y los cuatro habían muerto á su lado, en el campo de batalla, peleando como buenos y como nobles, vertiendo generosamente su sangre en defensa de la patria y de las señoras de sus mayores. Fué Galceran de La Roca uno de aquellos nobilísimos barones que se agruparon junto al niño Ramon Berenguer, cuando este quedó sumido en triste y desastrosa orfandad, á causa de la muerte violenta de su padre Ramon Berenguer II *Cap de Estopa*, asesinado por su propio hermano Berenguer Ramon, á quien la historia y la posteridad debían luego llamar *el fratricida*. El caballero de La Roca no abandonó un solo instante al huérfano mancebo de la casa condal de Barcelona, y cuando este subió al trono, desaparecido ya de la escena histórica su tío el fratricida, le siguió en todas sus campañas, le acompañó en todas sus empresas, y fué una de las mas grandiosas é interesantes figuras de aquella peregrina época de Ramon Berenguer *el Grande*, época heroica y caballeresca, deliciosamente embellecida por las hazañas, las conquistas, la poesía, las tradiciones y las leyendas.

Una de las empresas en que mas se distinguió el caballero de La Roca fué la de Mallorca. Sabido es que la conquista de esta isla fué llevada á cabo por el conde de Barcelona Ramon Berenguer III muchos años antes que la realizara de nuevo, y ya entonces de un modo definitivo, su glorioso descendiente Jaime *el Conquistador*. La república de Pisa, que á cada instante se veía molestada por los árabes baleares, decidiera en 1113 arrojarse sobre las islas ahogando en su propia guarida á aquella turba de insaciables piratas. La tempestad interrumpió el viaje de los cruzados y arrojó su flota á las costas de Cataluña, que al pronto hubieron de tomar los engañados pisanos por las de Mallorca. No tardó empero en desvanecerse su error: no era tierra de enemigos á la que habían abordado, lo era de aliados, pues no tardaron en serlo suyos los catala-

nes. Al saber que Pisa se arrojaba denodada á la expedición contra Mallorca, Cataluña quiso compartir sus peligros y su gloria. También conservaban los catalanes recuerdos amargos de los piratas baleares, también mas de una vez habían tenido que llorar sus osadas expediciones y sus aventurados golpes de mano. ¿Cómo pues, ya que tan larga cuenta habían de pedir á los moros de Mallorca el día de la venganza, no habían de unir sus armas con las de los pisanos y ser partícipes de la cruzada?

Las playas de San Feliu de Guixols y de Blanes, playas que fueron verdadera cuna de la marina catalana, presenciaron un día la conferencia del conde barcelonés con los caudillos pisanos. Convino en que hermanarian sus armas y unidos acometerían la empresa, siendo el jefe de ella Ramon Berenguer. Este acudió el día designado con una marcial cohorte de nobles catalanes. Figuraban entre los principales capitanes Galceran de la Roca y sus hijos.

La flota unida de catalanes y pisanos marchó rasgando las aguas del Mediterráneo que veía acercarse el instante en que iba á ser su señor el pendon de las gules barras. Ibiza la primera probó el valor de los cruzados, y la capital de Mallorca no tardó en ver á los dos ejércitos hermanos, enlazados sus pendones, llegar hasta el pié de sus muros y allí clavar atrevidos sus tiendas. Mas de seis meses duró el cerco, lleno de rasgos y episodios de gran valor histórico; y si valientes en defender su ciudad querida se mostraron los moros, denodados en atacarla fueron los sitiadores. Sucumbió por fin la capital tras desesperada resistencia en abril de 1115, y por vez primera, orgulloso penacho de sus torres, el pendon catalan ondeó triunfante en el árabe alcázar.

Galceran de La Roca perdió á dos de sus hijos en esta campaña.

El tercero murió en el asalto del castillo de Fossis en Provenza. Se había rebelado esta fortaleza negando al conde su obediencia. Ramon Berenguer que debía pasar casi por junto á sus muros, no quiso dejarla sin castigo, y cercándola con la sola ayuda de los barceloneses que llevaba en su escolta, la asaltó y conquistó, siendo el mismo conde el primero que llegó á lo alto de la torre donde tremolaba la señera rebelde, la cual arrojó por sus manos al foso, arbolando en su lugar la bandera señorial de Barcelona. Dos guerreros subieron con el conde á la muralla, Galceran de La Roca y su hijo. Este murió á los piés del conde y de su padre, sirviéndoles de escudo con su cuerpo.

El último, por fin, fué otra de las víctimas de la rota funestísima de Corbins, sangrienta jornada que ganaron los moros, llenando de luto, de terror y de consternación á Cataluña toda.

Este postrer hijo de Galceran de La Roca dejó al morir una niña de pocos meses, Dulce, de quien, cuando aun no había cumplido los dos años de su edad, se separó su madre Azalaida dejándola al cuidado de una dueña. Impelida por un voto religioso, Azalaida hubo de partir á la Tierra Santa.

Era aquella la época de las cruzadas. Había empezado á correr como rumor válido entre el vulgo que llegados eran los mil años mencionados en el capítulo XX de las revelaciones, y que de un momento á otro debía aparecer Cristo en Palestina para juzgar á la humanidad. Esto hizo que se emprendieran numerosas peregrinaciones á los Lugares Santos, donde solo había ido hasta entonces, de vez en cuando, algun pobre romero lleno de fe ó algun poderoso noble, á quien para castigo de ciertos delitos se ordenaba una peregrinación á la Tierra Santa por los prelados de la Iglesia. A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles y de la profanación de los lugares en que cumplido se habían los santos misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monge que vivía solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistiéndose el sayal del penitente, empuñó el bordon del peregrino, y quiso ir á orar ante el sepulcro de Cristo. Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, se dijo que el espíritu de Dios le había iluminado. Fué de pueblo en pueblo, de casa en casa, de castillo en castillo, de reino en reino, y todos escuchaban con transporte sus palabras, que tenían algo de delirante y de profético, y todos empezaron á mirarle como un enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la Tierra Santa para rescatar el sepulcro de Cristo del poder de los infieles, y poco á poco el entusiasmo que arrebatava en éxtasis al iluminado peregrino, fué ganando al papa, á los soberanos, á los señores, á los pueblos. Aquel pobre vagabundo del bordon y del sayal les dijo que se levantarían y se levantaron, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron. Fijo su pensamiento en la redención de los Lugares Santos, huestes enteras marcharon, guiadas por el eremita, en busca del triunfo ó del martirio. El hombre que así arrojaba al Occidente sobre el Oriente era Pedro el Ermitaño.

Lo mismo que había conmovido á los demás pueblos, esta fiebre de religiosa gloria conmovió también á Cataluña. Muchos catalanes se hicieron soldados de la cruz. A libertar el sepulcro de Cristo, impelidos por el entusiasmo y fervor que se apoderó de los corazones, partieron entonces Gerardo conde del Rosellon, uno de los que debía entrar con los primeros en la ciudad santa; Guillermo, conde de Cardona; Ramon de Moncada; Guillermo de Capet, que ilustró su nombre con sus victorias; el caballero Vilamala, consejero y amigo de Godofredo de Bouillon; el barcelonés Azalidis; Ramon Pedro de Alberá, señor del pueblo de la Marca; y otros

muchos cuyos nombres mencionan detalladamente ciertas historias, no faltando tampoco para coronar el cuadro, al decir de las crónicas, una dama llamada Azalaida, la cual entró intrépidamente, vestida de guerrero, en las galeras que llenas de cruzados zarparon del puerto de Barcelona.

Esta Azalaida, de que nos hablan las historias catalanas, era la viuda del hijo de En Galceran muerto en la desgraciada rota de Corbins, la madre de la niña Dulce. Cumpliendo con un voto religioso, del cual no se creyó autorizado á relevarla el prelado barcelonés, partió para aquella aventurada expedición, dejando confiada su hija á los cuidados de su abuelo y de una dueña, servidora antigua y fiel de la familia. Jamás se había vuelto á saber de Azalaida. Doce años hacia que partiera y aun no había vuelto.

La pobre Dulce había ido creciendo lejos de los cuidados maternos, sin haber llegado á conocer á su madre, que se embarcó dejándola en la cuna, y acababa la damisela del castillo, segun ya hemos dicho que era llamada por todos los súbditos del señor de La Roca, de cumplir los doce años, cuando se retiró á su casa señorial el estrenuo caballero En Galceran, dando reposo á su lanza y sosiego á su espada por primera vez en su vida. Era ya hora de que aquel hombre encorvado bajo el peso de los años, fatigado por una vida activa y agitada se retirase á aguardar el instante de su muerte al castillo de sus mayores, donde las caricias y ternura de su nieta querida podían solo hacerle olvidar los cuatro hijos que, uno tras otro, había perdido en el campo de batalla, defensores constantes como él, aunque con mas infausta suerte, de su señor y de su patria.

II.

DE COMO NO SIEMPRE SE QUEBRA LA SOGA POR LO MAS DELGADO.

Era uno de los postreros días de julio de 1130. La mañana estaba deliciosa. Los campos extendían sus alfombras de verdura por entre la que se deslizaban mansos arroyuelos rumorosos que desde lejos parecían desplegadas cintas de plata, los árboles dejaban ondear sus penachos verdes, y escondidos entre su follaje, los parleros pájaros despedían suaves trinos, como si saludaran al día que tan esplendorosamente comenzaba, rico de sol, de belleza y de armonía.

Contrastaba con la gala de que se mostraba vestida la naturaleza, el tinte sombrío y melancólico que aparecía en el castillo de La Roca. Colgaduras negras pendían de los ventanales góticos, la bandera de la casa flotaba á mitad del asta en la torre del homenaje, y cuatro trompeteros, rigurosamente enlutados, subían cada hora á la plataforma de la muralla para dejar oír un toque lúgubre y quejumbroso, que rasgaba los vientos, enviando á las montañas vecinas su fúnebre armonía. La capilla estaba abierta para los vasallos que quisieran ir á orar en ella, y tres sacerdotes se iban sustituyendo para leer en alta voz los himnos consagrados por la iglesia á la memoria de los finados. Por fin, los hombres de armas se paseaban silenciosamente por el patio, habiéndose dado orden de suspender durante aquel día todo juego y todo motivo de recreo ó bullicio, mientras que los centinelas que velaban en la muralla, cumplían con su deber llevando un crespon negro en la punta de su lanza.

Aquella tristeza pública y aquel luto oficial del castillo eran promovidos por la muerte del conde de Barcelona Ramon Berenguer III *el Grande*, acaecida pocos días antes en la capital de la Marca. Galceran de La Roca, cuyo corazón se sintió traspasado de dolor por la noticia de este fallecimiento, había dispuesto que por espacio de tres días se consagraran estas públicas y debidas muestras de afecto á la memoria venerada del hombre eminente á quien tanto debía Cataluña.

Sobre las nueve de la mañana serían, cuando viniendo del pueblo de La Roca, llegaba á la puerta principal del soberbio castillo, cuya majestad era realzada aquel día por todo el imponente aparato de luto de que hemos hecho mención, un mancebo de diez y seis años todo lo mas. Sus facciones tostadas por el sol eran enérgicamente pronunciadas, y en ellas se leía un rasgo de inteligencia superior á su edad. Sus ojos eran grandes y hermosos, uniendo á su natural atractivo una vaga expresión de melancólica dulzura que esparcía por su rostro un baño de simpatía y sentimiento. Sus cabellos negros caían con descuido y en profusión sobre su cuello, que dejaba en gran parte descubierto una especie de tonelete de color verde oscuro y de manga ajustada, atado á su gallardo talle por un grosero cinturón de cuero. Unos á manera de calzones flotantes le llegaban hasta mas abajo de la rodilla, y unos botines que sin disputa habían sido de ante en otro tiempo, pero que estaban ciertamente en bien mal estado y habían perdido ya su primitivo color, le resguardaban los piés. Tal era el sencillo y pobre traje de nuestro joven, en cuyas sueltas y naturales maneras, en cuya apostura, en cuya fisonomía había algo de noble y mucho de simpático.

Al llegar al puente levadizo del castillo, que estaba echado y por el cual se paseaba silenciosamente un centinela, detúvose el mozo y preguntó por la damisela de La Roca, á la cual manifestó deseos de hablar. El centinela miró al muchacho con ese aire de superioridad y profundo desden que siempre y en todas épocas

ha tenido la gente de guerra para con los paisanos.

— Dudo que un villano como tú pueda ver á la noble damisela, dijo el hombre de armas.

El interpelado hubiera podido preguntar si era un noble el que le llamaba villano. Contentóse empero con decir:

— Me interesa hablarla cuanto antes.

El centinela se encogió entonces de hombros, y replicó:

— Llégate al patio de armas y busca allí, si lo encuentras, quien se encargue de tu mensaje.

Y sin mas, el hombre armado continuó su interrumpido paseo.

Cruzó el mancebo el puente levadizo y penetró en el patio de armas, despues de pasadas las puertas y contrapuestas. Allí vió un grupo formado por tres hombres, dos de los cuales eran visiblemente servidores de baja esfera, á juzgar por su humilde exterior y modesta compostura, mientras que el otro se daba ciertos aires de petulancia y superioridad, que podia sin duda permitirse, puesto que sus dos compañeros no trataban de reprimirlos ni censurarlos, antes bien manifestaban en sus ademanes estar prontos á obedecer sus órdenes. El que con su cabeza erguida, su estirado cuerpo y sus labios ligeramente prolongados en señal de desprecio y de orgullo indicaba ser ó pretender ser á lo menos superior á los demás, vestía traje de escudero, y contribuían á hacerle antipático sus facciones duras y la mirada llena de malicia y de recelo que se escapaba de sus ojitos pardos.

Aunque con cierta repugnancia, acercóse á él el mancebo y saludándole con la gorra en la mano le manifestó sus deseos.

El escudero le miró de arriba abajo.

— ¿Y para qué quieres tú ver á la damisela de La Roca? le preguntó.

La altanería y la insolente mirada que en él fijara el escudero habian irritado el mozo. Reprimióse, sin embargo, y contestó:

— Me interesa hablar con ella.

— ¿Y con qué objeto, si es que puede saberse? dijo con burlona sonrisa el escudero.

— Yo me lo sé.

— ¡Oiga el rapazuelo! ¿Quién ha enseñado al villano á contestar de esta manera á sus señores?

— Yo no tengo señores, y en caso de tenerlos no seriais ciertamente vos el que yo elegiria.

— Su señoría me perdone, dijo el escudero con satírico acento al propio tiempo que se quitaba la gorra y le saludaba con aire de cruel sarcasmo. No sabia yo que se nos hubiese entrado por esas puertas un caballero disfrazado. ¿Quiere su merced descansar un rato? ¿Desea su señoría que se le abra de par en par la sala de ceremonias, donde podrá recibir el homenaje de sus humildes y respetuosísimos vasallos? ¿O mejor será tal vez que se pase órden á la noble damisela de La Roca y á su respetable abuelo En Galceran para que salgan á recibir á tan cumplido caballero?...

La frente del mancebo se enrojeció, y bien hubiera podido conocer cualquier ojo escrutador que hacia exteriormente visibles esfuerzos para dominarse. Sus labios empero, no se desplegaron, y permaneció mudo á los sarcasmos del escudero.

— Acabemos por fin, dijo este cambiando brusca-mente de tono y de modales. ¿Para qué quiere ver el mozalbete á la señora? Reponda pronto, ó le mando echar fuera como á un perro.

Si el escudero se hubiese limitado á la primera parte de lo que dijo, de seguro, le hubiera contestado el mancebo, no obstante el tono de insolencia con que fué hecha la pregunta, pero las últimas palabras acabaron de exasperar al jóven, quien encasquetándose con desenfado la gorra, exclamó:

— No tendreis que tomaros la molestia de echarme, porque ya me voy.

Y volviendo la espalda, se dirigia hácia la puerta de salida.

Hombre era el escudero tan bajo y ruin con sus superiores, como provocador y audaz con sus inferiores.

— Cogedme á ese deslenguado rapaz, gritó en tono de autoridad á los dos servidores de quienes dejamos hecha mencion.

Los dos criados se apresuraron á obedecer, como si recibiesen la órden de quien podia dársela en efecto. Al sentir el jóven las manos de los dos mercenarios sobre sus hombros, se desasíó de ellos con un arranque varonil y un movimiento que revelaba fuerzas musculares casi superiores á su edad. En seguida, volviéndose al escudero, exclamó:

— ¿Qué me quereis? Nada tengo ya que hacer aquí, puesto que no me es posible ver á la damisela.

— ¿Qué es lo que te quiero?... Quiero saber con qué objeto has venido aquí.

— ¿Y si yo no quisiera decíroslo?

— ¡Por los clavos de Cristo! exclamó el escudero que á veces se permitia jurar como un noble. Yo te juro que no saldrás de este castillo, como no hayas revelado antes las intenciones que te han traído.

— ¿Y quién sois vos para obligarme á semejante interrogatorio?

— Soy quien puede.

— Pues yo no reconozco mas superior que la damisela Dulce, y solo á ella contestaré.

— Yo te interrogo en nombre del caballero En Galceran de La Roca, tu señor natural y legítimo si eres de esta comarca, y en representacion suya te exijo que me contestes.

Con una firmeza que revelaba un temple de alma su-

perior á su edad, el jóven se cruzó de brazos y no contestó.

El escudero no queria que su autoridad quedase despreciada á los ojos de sus inferiores.

— Por primera y por segunda amonestacion, dijo, se te requiere para que reveles las intenciones con que te has introducido en este castillo.

El jóven permaneció impassible y mudo.

— Por tercera vez se te manda que descubras los intentos que aqui te han traído acaso con mal fin.

Ninguna contestacion recibió tampoco el escudero.

— Ponédmele en el cepo hasta que se le desate la lengua, gritó este.

— ¡A mí! ¡á mí al cepo! exclamó el mancebo dando un paso atrás y cerrando los puños como si se dispusiera á resistir.

Los servidores, que habian hecho un movimiento, se detuvieron.

— Os he dicho que me le pusiérais en el cepo, gritó el escudero con tono que no admitia réplica.

A la puerta ó en el patio de armas de casi todos los castillos habia entonces un cepo, al cual se aplicaban los muchachos desobedientes ó los criados y mozos que cometian alguna falta. Por medio de un anillo de hierro se ataba al paciente el pié derecho y por otra la mano izquierda, exponiéndole así por espacio de algunas horas á la vergüenza y á la burla de todos.

Los servidores se dispusieron á cumplir la órden de Erasmo, que así se llamaba el escudero, pues todos estaban acostumbrados á obedecerle sin réplica. Era Erasmo un hombre malo, un corazon perverso. Solo gozaba cuando podia hacer daño, y tenia algo de la hiena á la que, como es sabido, le agrada cebarse en sus presas. Todos le odiaban en el castillo, pero por lo mismo, como siempre sucede, todos le obedecian sumisos. El buen caballero de La Roca que se cuidaba poco de los asuntos domésticos, tenia cierta tolerancia con Erasmo, que era por otra parte muy sumiso y muy humilde cuando estaba delante de su señor, y escudado por la proteccion que se le dispensaba, á todo se atrevia, obrando con los demás criados con una verdadera superioridad y un despotismo de dueño.

Los servidores á quienes Erasmo habia dirigido la palabra, se acercaron al jóven para sujetarle, pero hubieron de sostener con él una verdadera lucha, promoviéndose grande ruido y escándalo y acudiendo con este motivo otros varios servidores, asombrados todos de que así en dia de tan solemne luto, fuese turbado con descompasadas voces y desusada griteria el silencio que debia reinar en la fortaleza.

Mientras que esto tenia lugar y en tanto que los criados, á la órden de Erasmo, acababan de sujetar no sin pena al esforzado mancebo arrastrándole al cepo y aprisionándole en él, de otra escena muy distinta era teatro cierta estancia del castillo. Una hermosa doncella, de tez sonrosada, ojos azules y cabello rubio como una madeja de oro, estaba sentada en un cojin á los piés del caballero de La Roca, oyendo con gran atencion al buen anciano, que, medio recostado en un ancho sillal, le contaba las glorias de Ramon Berenguer *el Grande* y las grandiosas empresas en que habia tomado parte. Atendia la jóven Dulce con embeleso á la conversacion del viejo y achacoso caballero que, contra la costumbre de la época, era mas bien el padre que el señor de sus vasallos. Narraba el buen Galceran, con la franca naturalidad de su carácter, los mas señalados hechos de la vida del conde de Barcelona, extendiéndose particularmente en relatarle el viaje de Ramon Berenguer á Provenza, á Génova y á Pisa, adonde pasó con una gran flota, la mayor que los catalanes habian puesto entonces en el mar, y con una lucida y numerosa corte de barones y caballeros. Contaba el caballero de La Roca á la doncella como esto lo habia hecho Cataluña con el doble objeto de defender la persona de su conde soberano y tambien de grangearle respecto y autoridad ante las repúblicas italianas, por aquel entonces poderosísimas en fuerzas navales; cómo habia sido recibido Ramon Berenguer con el aplauso y ostentacion debidos á su nombre y fama; cómo habia perorado en el Senado de Génova acerca de sus planes y designios, mereciendo que aquella señoría le prometiese su franco y leal apoyo; cómo Pisa lo habia recibido con mayor triunfo todavia, habiendo salido á recibirle los ciudadanos en solemne procesion y acompañándole y agasajándole cual á uno de los grandes héroes y capitanes del siglo; y cómo, por fin, habia hecho tributarias á Génova y á Pisa, las dos grandes potencias navales de entonces, que, por haber faltado á ciertos tratos, hubieron de satisfacer á Cataluña el duro tributo de diez onzas de oro por cada buque que enviasen á nuestras costas.

Tan embelesadamente absorta estaba la linda Dulce oyendo la narracion de su abuelo, que no reparó en el alboroto promovido en el patio del castillo, al cual daban las ventanas de la estancia. No así el anciano caballero, que suspendió de pronto el relato para prestar mejor el oido á las voces que llegaban del exterior.

— ¿Por qué os interrumpís? preguntó Dulce.

— ¿Qué ruido es ese? preguntó á su vez el anciano indicando una de las ventanas entreabiertas.

La damisela prestó atencion.

— En efecto, algo sucede, dijo. Son gritos ahogados y ruido como de una pelea. Alguna riña entre los hombres de armas. Voy á verlo.

Y poniéndose en pié, fué de un salto á colocarse junto á la ogiva, subió el escalon de la misma, y dirigió su vista al patio.

— Señor abuelo, exclamó con acento doloroso, están atando un jóven al cepo,

— ¿Y quién ha mandado eso?

— Erasmo, por lo que veo, dijo la damisela que miraba al escudero con secreta aversion.

— ¡Erasmo! ¿Y cómo se permite?... A ver, á ver, Dulce, hija mia, ayúdame á asomarme. Quiero ver lo que pasa.

Dulce corrió á ofrecer el brazo á su abuelo y lo acompañó hasta la ogiva.

Los sirvientes habian por fin logrado sujetar al muchacho y acababan de atarle al cepo. Con la lucha desesperada que habia sostenido se habia roto el tonelete del mancebo, y en su rostro se veian algunas gotas de sangre causadas por ligeros rasguños.

— ¿Qué es eso? ¿Qué pasa aquí, Erasmo? gritó con voz colérica En Galceran desde la ventana.

A este acento, de todos tan conocido, los servidores se hicieron atrás dejando en descubierto el cepo y el jóven, que apartando el cabello con la mano que tenia libre, alzó sus ojos á la ventana tropezando con los hermosos de Dulce clavados en él. Aquellas miradas al cruzarse debieron decirse algo.

Erasmo por su parte, se descubrió con el mayor respeto, y alzando la cabeza dijo con cierto tono, muy distinto á la verdad del que habia seguido usando hasta entonces.

— Señor, es un rapaz que se ha introducido en el castillo pretendiendo hablar á la damisela Dulce, y que sin duda venia con malos fines, pues no solo se ha negado á responder á las preguntas que se le han hecho, sino que ha hablado con tono insolente faltándome al respeto cuando me le he dirigido en nombre de vuestra señoría.

— ¿Y por qué no hacerme dar aviso si pretendia hablarme? exclamó la damisela terciando en la conversacion.

El escudero se mordió los labios é hizo un profundo saludo á la doncella. El abuelo veia por los ojos de esta y obraba segun esta queria.

— En efecto, preguntó, ¿por qué no haber hecho pasar aviso?

— Señor, dijo Erasmo; se ha insolentado desde las primeras palabras. Ni siquiera ha querido decir su nombre.

La voz del jóven se alzó entonces simpática y pura.

— Nadie me lo ha preguntado, señor caballero, dijo.

— Hacedle subir, padre mio, dijo la hermosa niña, la cual se valia de esta tierna palabra de padre cada vez que deseaba conseguir algo de su abuelo. Le interrogaremos. Ese Erasmo tiene un mal corazon, padre mio, mientras que el aspecto de ese jóven es muy agradable.

Erasmo iba á contestar al mentís que le habia dado el mancebo, cuando sonó la voz de En Galceran.

— Desatad á ese muchacho y que suba.

Y dicho esto, el anciano y su nieta se apartaron de la ventana.

Los criados del castillo, que gozaban en la confusion y vergüenza de Erasmo, se apresuraron á obedecer la órden del caballero. El mancebo fué desatado y se le condujo á la estancia del señor de La Roca.

(Se continuará.)

El nuevo chapitel

DE LA TORRE DE SAN MIGUEL EN BURDEOS.

No solo en Paris se hacen obras que interesan en alto punto á los artistas y á los arqueólogos. Si la restauracion de Nuestra Señora, llevada á cabo con tanto talento por M. Viollet-Leduc, ha costado veinte años y 8 millones de francos, hay en las provincias edificios preciosos para la historia que el talento de algunos arquitectos modestos salvan de la ruina á menos costo.

M. Abadie, arquitecto conocido ya por obras importantes, como las Casas consistoriales de Angulema, las restauraciones de las catedrales de Angulema, de Perigueux, de Burdeos, etc., acaba de dar un notable ejemplo de su habilidad como constructor y de sus conocimientos arqueológicos, restableciendo, como existió en su origen, el chapitel de la iglesia de San Miguel.

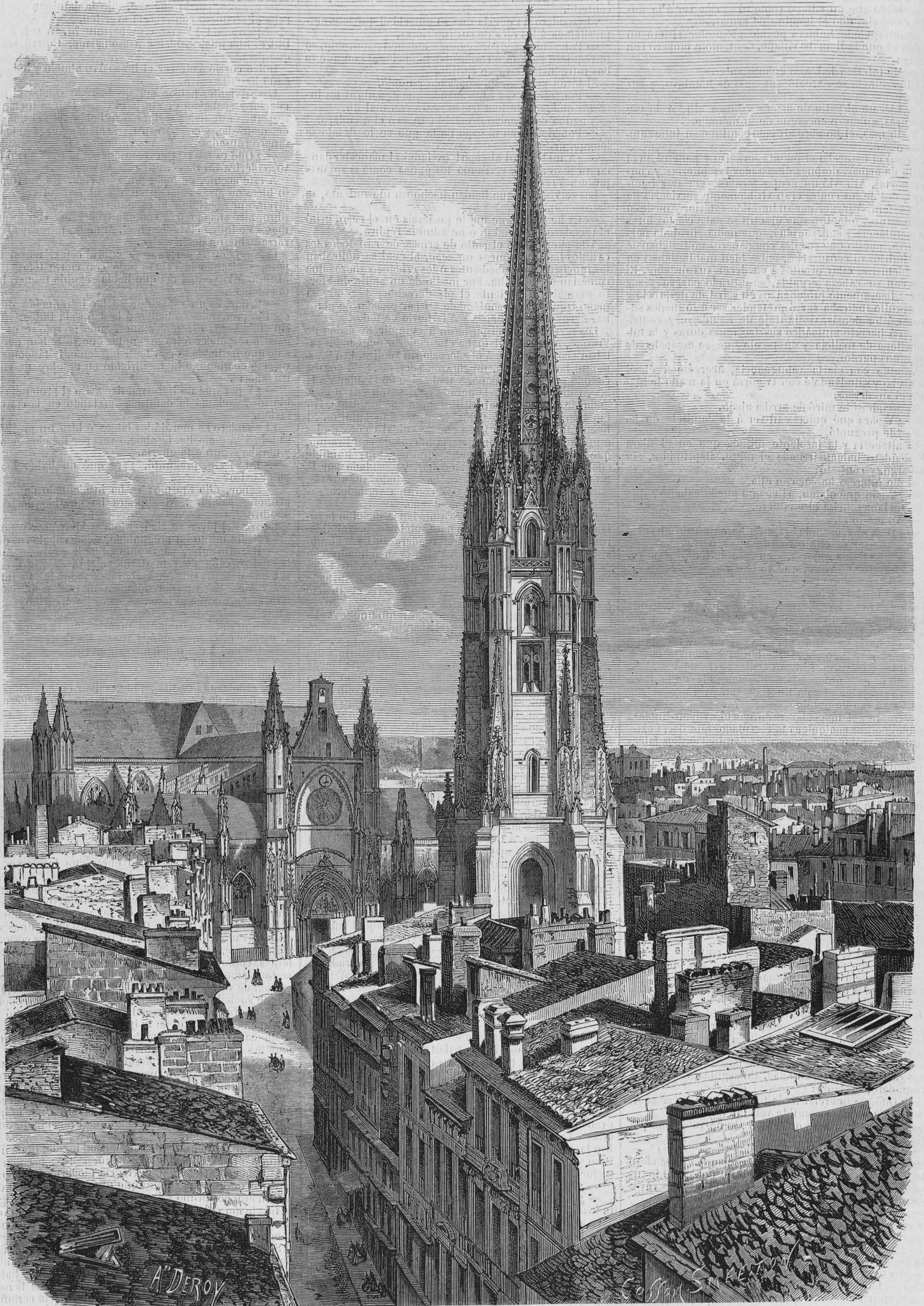
Muchas publicaciones pintorescas han dado á conocer aquellos famosos subterráneos; ningun viajero deja de visitar las momias de los desdichados cuyas carnes contraidas se conservaban mejor que las piedras del antiguo torreón que era su sepulcro. Ruinoso, minado por el rayo, por el tiempo y las revoluciones, este torreón alarmaba á la vecindad, y hoy ha vuelto á ser lo que era antes, el campanario mas alto de Francia, despues del de Estrasburgo.

Como otros monumentos de la edad media, tiene una historia en la que abundan los desastres; pero en el dia se puede afirmar que la ciencia moderna ha dado á la construccion una solidez que nunca tuvo la antigua.

El domingo último á las cinco de la tarde tuvo lugar la bendicion del campanario, en presencia de una multitud que llenaba las inmediaciones de la plaza, los balcones y hasta los tejados de las casas contiguas.

Su Eminencia el cardenal, acompañado de monseñor Gazailhan, obispo de Vannes, tomó asiento en el tablado que se levantó al pié de la torre: enfrente habia un altar. Despues de los discursos oficiales y la bendicion, la torre se iluminó completamente, y la ceremonia concluyó con unos vistosos fuegos artificiales.

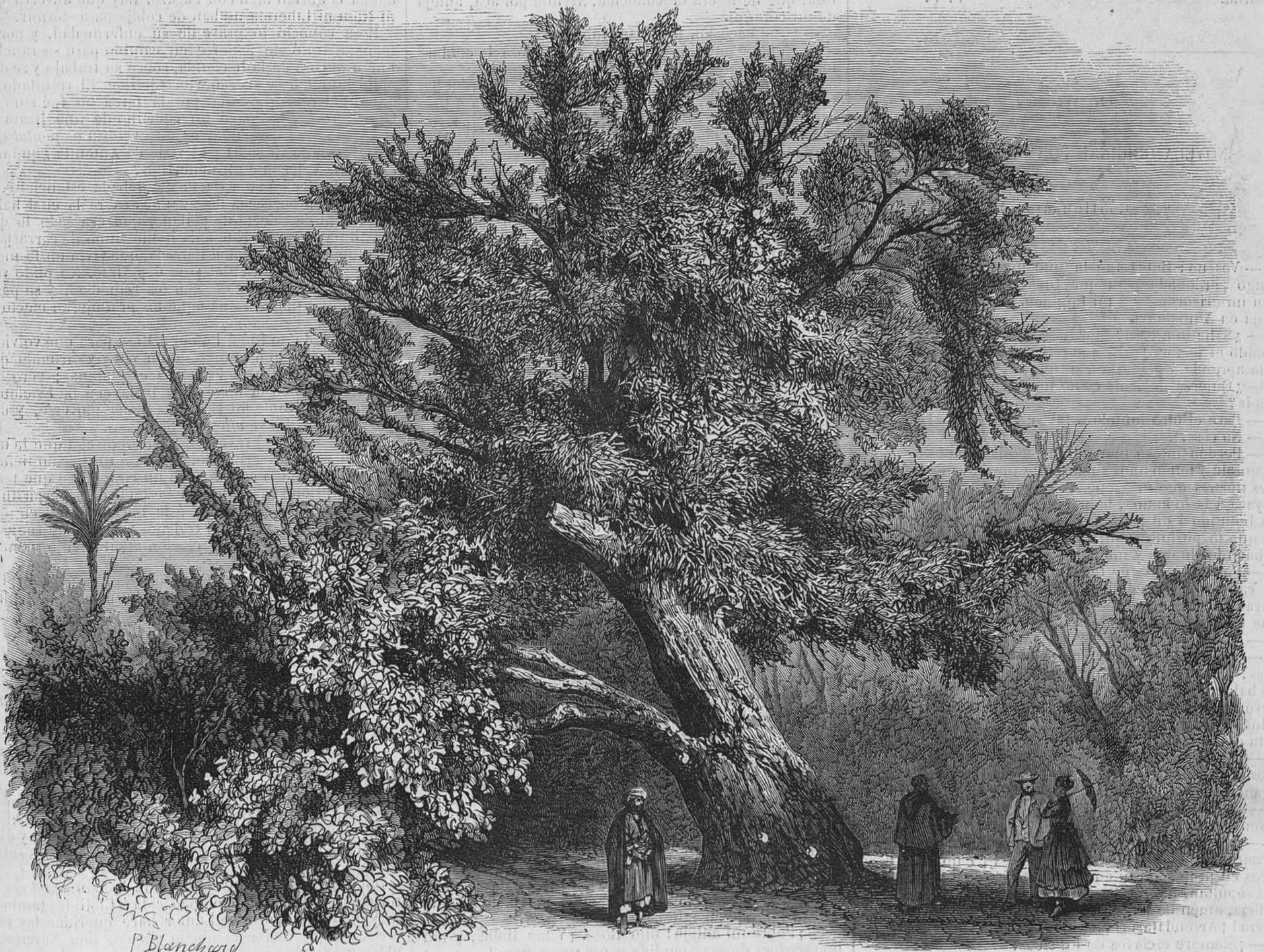
P. N.



BURDEOS. — Nuevo chapitel de la torre de San Miguel, inaugurado el 9 de mayo de 1869.



El istmo de Suez. — La fuente de Moisés.



El árbol de la Virgen.

P. Blanchard

El canal de Suez.

LA FUENTE DE MOISÉS. — EL ÁRBOL DE LA VIRGEN.

En punto á las curiosidades de la historia oriental, el canal de Suez ejerce un influjo que ya comienza á sentirse. Todos los recuerdos poéticos del Oriente llegarán á fijarse en la imaginación popular, mediante las relaciones de los viajeros. A las excursiones de estos osados expedicionarios debemos ya los dos curiosos monumentos que ofrecemos á nuestros lectores.

No lejos de Suez, dice nuestro corresponsal, en el camino de Sinaí y en medio del desierto, distinguimos á lo lejos algunos grupos de árboles entre los cuales se destacaban las palmeras. Al rededor de este oasis se hallaba el amarillento desierto, y luego, á la izquierda, estaban las últimas ramificaciones de la pedregosa cordillera del Sinaí.

A nuestra llegada, dos beduinos acurrucados á la puerta de uno de los jardines, nos saludaron con la mano.

Hay unos diez manantiales repartidos en siete ú ocho jardines cercados, que forman charcas de 4 á 12 metros de diámetro mas ó menos, invadidas por las vegetaciones acuáticas: el agua es bastante turbia y salobre. La mas potable es la del gran manantial del jardín Costa, el que se halla mas al Mediodía. El agua que sale de estas fuentes sirve para rozar los jardines y para el uso de los beduinos del desierto, muy sobrios y difíciles de contentar en cuanto á la calidad del líquido que beben.

Los jardines se encuentran á 2 ó 3 kilómetros de la playa, en lo mas hondo de un valle que rodean en parte cerros pedregosos.

La visita á las fuentes de Moisés será uno de los paseos de los viajeros que vayan á Suez; pero el agua de esas fuentes ya no valdrá nada, pues gracias á la ejecución del canal de agua dulce que conduce á Suez hasta la del Nilo, y que se debe á M. de Lesseps, la ciudad y los numerosos vapores del servicio de la Indo-China, tendrán en abundancia un agua excelente.

El árbol de la Virgen se halla situado en las cercanías del Cairo, en Mattaré. Dice la tradición del país que la Virgen, con José y el Niño Jesús, descansó bajo ese árbol cuando su huida á Egipto. El árbol es de una corpulencia enorme: tiene 4 metros de circunferencia y 8 de altura. Ultimamente habian querido cortarle; pero ha sido regalado á la emperatriz Eugenia, que le ha tomado bajo su alta protección y le ha puesto un guarda.

P. P.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— Vos no: Matea fué la que me dió que hacer. La tengo perdonada para que Dios la perdone y la mire con misericordia, y á mi tambien. Dicen que está muy maja en Ambalema.

— ¿Sabe una cosa? dijo Rosa, á quien ya habrá conocido el lector, ¿sabe que tengo ganas de que Antoñita aprenda á peinarla á su merced?

— ¿Quieres dejarme como tus hermanos? ¿Te quieres ir?

— Para el otro mundo... tal vez. ¿Le tiré el pelo?

— No cosa.

— Perdóneme su merced. ¡Hace dias que estoy como insensata y tengo unos sueños que me dan miedo! Hace tres noches que me soñé que yendo á coger hojas de payaca á la montaña, habia visto esconderse detrás de un botundo á mi padrastro vestido con la mortaja blanca que le pusimos aquí; y que al pasar yo me habia echado los brazos y me habia apretado.

— Por eso seria que te sentí gritar y estremecerte en tu cama. ¡Válgame Dios! Eso es que está penando seguramente; mañana me voy á buscar al señor cura para que le cante un responso.

— ¿Y las pesetas?

— ¡Como el señor cura no es interesado con los pobres! ¿No te acuerdas que el entierro de Patricio lo hizo de balde, y antes ni me queria recibir un pollo que le llevé de regalo? En otras parroquias venden los curas ó los alcaldes muy cara la tierra de la sepultura. ¡Muy cara es la tierra, hijita de mi corazón!

— ¡Sí, señora! Lo mismo es la tierra en que trabajamos. Ocho pesos nos cuesta el arrendamiento de esta estancia.

— Eso no es tanto como las obligaciones, porque el arrendatario es un esclavo.

— ¡Y tener nuestros amos un mundo de tierra, y mezquinarnos un tantico á los pobres! ¡Y no tener nosotros en propiedad ni aun los siete piés de tierra en que nos sepultan, porque tenemos que dar tres pesos á la policía, amen de lo que cobran los curas! ¡Suerte mas negra! ¡Arrendatarios en vida y en muerte!

— ¡Siempre esclavos de los ricos!

— De los ricos, ni me hable, señora madre. ¿No ve su merced cuánto hemos tenido que sufrir por los caprichos de los patronos?

— ¡Andar rodando como basura, de hacienda en hacienda! Por ahí se ven á orillas de los caminos los rastros de las estancias de donde han echado á los arrendatarios.

— ¡Ay, cómo lloré cuando me vine ayer de la parroquia, al ver el rastro de la estancia donde viviamos hace un año! ¡Ya está todo cubierto de rastros y de bejucos! ¡Me arrimé á la mata de guamo que nos daba sombra cuando la peinaba á su merced! ¡Vi la mata de higo que su merced sembró, despues que se molió el brazo en el trapiche! ¡Vi la mata de café que cuidaba Matea! ¡Vi las piedras del fogon, y entre las cenizas estaba enroscada la culebra que nos asustaba por comerse los ratones! ¡Lloré hasta que me cansé, señora madre! Allí nací, allí jugué, allí viví tranquila, sin pensar en los trabajos tan grandes que he pasado despues. Cuando oigo hablar á don Tadeo y á don Matías de libertad, lo que me da es impaciencia. La libertad de llorar es la que tenemos, y es la que yo he tenido. Pero mire su merced que estoy torpe esta tarde, agregé la muchacha deteniendo la mano que llevaba el peine; ya la he tirado dos veces.

— No, hija de mi alma. Tu mano es muy suave, y es el cariño el que te hace creer que me tiras.

Siguió un rato de silencio, durante el cual acabó Rosa su tarea, dejando bien alisada la cabellera de su madre.

— Ya está su merced peinada, y me voy á dormir al trapiche, porque tengo que madrugar á coger trabajo. Mándeme su merced el puntal con Antoñita, porque la comida del trapiche no se puede pasar; pero que no olvide el aji.

En seguida hizo la jóven estanciera sus preparativos para el odioso y obligatorio viaje al trapiche: se echó unos tabacos en el seno y puso una mano de plátanos en una mochila para llevarla cargada. Hecho esto se despidió de su madre.

Estefanía se quedó muy triste pensando en la aparición de su difunto esposo, y en la suerte que le tocaría á Antoñita, que estaba creciendo y era linda y de un genio tan dócil como una malva. Lloró, y sus lágrimas corrieron sin cesar hasta que se fué á asar unos plátanos para su cena y la de su preciosa Antoñita.

Cuando Rosa llegó al trapiche no se veía sino la máquina del molino á la luz de una hoguera de bagazo. Paróse en el sardinel de la enramada y gritó con suave y lánguido acento:

— ¡Bueeeenas noches!

— Buenas noches, antoja, le contestó una voz amistosa, que no le era desconocida. Arrime por acá, antoja de mi corazón.

— ¿Qué hace Vd. por aquí, Liberata?

— Siéntese aquí en el bagazo, que ahora le contaré todo.

La persona con quien hablaba Rosa era Liberata Sabogal, una de las emigradas de Cáqueza que van á buscar trabajo en los activos trapiches del rico departamento de Tequendama. Liberata era muy blanca y gorda, y su negro cabello le llegaba á las corvas. En su cara redonda habia una eterna primavera de risa y de amabilidad. Sus negros ojos tenian la triste ventaja de seducir sin esfuerzo; y sus piés eran tan pequeños que no se podia comprender cómo sostenia tan rolliza estructura sobre tan diminuta base.

Vivia la hermosa peona en una barraca ó troje, formada por las estacas y paredes de guadua picada, protegida por el alar de una gran enramada que servia de cocina de los peones y de caballeriza de las mulas de silla. Así es que la cama de Liberata quedaba á tres varas de distancia de la canoa en que las mulas comian el cogollo picado. El cuarto de la peona presentaba pocos muebles: de una de las toscas barandillas de la cama colgaba una mochila de mallas en que se veia una mantilla de bayeta oscura de Castilla, con ribete de tafetan celeste; una camisa de tira labrada, unas finisimas alpargaticas con ataderos de seda y borla en las puntas; un peine de cuerno y una totumita. El colchon de la cama era una estera de calceta de plátano que, enrollada de dia, estaba á la vista de todos los trapicheros. De una de las estacas que sostenian la pared colgaban unas quimbas, un tiple, un garrote y un pedazo de rejo de enlazar. Aquella estancia era la vivienda de la hermosa Liberata, la mas garrida de todas las caqueñas que han ido á buscar aventuras en los trapiches del Sur.

— ¿Y cómo es que Vd. está acostada en el bagazo, y no en su cama? dijo Rosa á su amiga.

— Porque *aquel* me echó de la posada á patadas, y se fué al trapiche del Purgatorio. Mañana me voy á buscarlo y á rogarle que no me deje sola.

El *aquel* á quien se referia Liberata era, ya lo habrá comprendido el lector, su amante; pero lo que no puede haber comprendido es cómo era el amante de la hermosa caqueña. Pedro Jurado, que así se llamaba, era un negro licenciado del escuadron de húsares que regia el general Melo, y era natural de Ortega. Tenia el defecto, fuera de otros, de ser muy delicado de genio cuando se excedia en el licor, y tenia la costumbre de excederse siempre que tomaba, que era los domingos. Sobre Liberata recaian sus exaltaciones dominicales, y ella lo demostraba los lunes con las negras ojeras que le ceñian uno ó ambos ojos, lo cual se hacia notar desde muy lejos, porque tenia el cutis tan blanco como una imagen de las iglesias.

— ¡Pobre mi antoja! dijo Rosa. ¡Y tan linda, y tan merecedora de ser atendida como una señora!

— ¿Y Vd., no piensa ya en Celestino? contestó Liberata.

— ¡Imposible! Me ha tratado malísimamente con el pretexto de unos celos sin fundamento con el caballero don Demóstenes, y hasta me ha puesto las manos. De manera que las resultas del San Juan han sido para mí de lo mas horrendo. ¡Y todavía lo que faltará por ver, porque el corazón me avisa nuevas desgracias!

— Pues ya no le pegará mas; porque se largó para Ambalema con la Chumacera.

— ¡No me lo diga, antoja de mi alma! ¿Con la Chumacera se ha ido? Con la mujer mas despreciable de los trapiches? ¿Es decir que yo no valgo nada! ¡Dios poderoso!

— ¡No llore, antojita de mi alma! que Vd. vale mucho. Olvide á ese tunante, que no faltará quien la estime.

— Yo bien quisiera; pero eso no está en mi mano. ¡Ay, cómo he pasado de trabajos por el amor! ¡Y sin buscarlo, antoja, porque yo le he huido hasta donde he podido! ¡Y si no que diga el amo á quien quise primero, si las amenazas, si el temer, si las astucias de la vieja Sinfoniana no fué lo que me venció! ¡Que diga Celestino si sus ofertas de casamiento no fueron las que me hicieron quererlo! ¡Tener que pagar tan caro un amor que la mujer pobre no tiene medios de resistir! Esto no parece cosa de Dios; pero, en fin, ¡qué se va á hacer, si la mujer nació para padecer en el mundo, y mucho mas la mujer esclava! Yo lloraré á Celestino todos los dias de mi vida, porque eso no consiste en mí. ¡Pero, antoja, la Chumacera, la bogotana, que vino á pedir trabajo al trapiche con camison y corbatica como si estuviera en tienda, y que tiene una hablita como de títere; esa patoja! ¡Era la que yo menos temia! Yo si vi que la echaron á cortar caña junto con Celestino; pero no me figuré tal cosa...

Hasta media noche se vino á dormir Rosa, y eso porque Liberata la convidó poniéndole de cabecera su brazo, que era tan grueso y tan blanco, que merecia sostener una cabeza que necesitaba de tanto alivio. Por la mañana se puso Rosa á desherbar una tarea sencilla que el capitán le habia medido en la vara chica. No se la oyó cantar ese dia, y cuando volvió al trapiche estaba muy sofocada por el sol; tampoco comió, aunque Liberata le instaba con su mismo plato. A la noche se acostó temprano, no obstante que los peones estuvieron jugando á la mariposa; á media noche despertó á su amiga con los sacudimientos de un calofrio de los mas temibles, y luego le vino calentura. Liberata le alcanzó un poco de guarapo de los fondos, que pidió al hornero, y Rosa sudó, porque lo tomó caliente, y porque su amiga la abrigó bien con bagazo. Hay que advertir que ni Rosa ni Liberata usaban de cobija para dormir.

Rosa conoció lo grave de su enfermedad, y por la mañana trató de ponerse en camino para su rancho. Fué á la casa de la hacienda, cobró su trabajo y se despidió llorando de su señorita Clotilde. El resultado líquido del real que ganó por la tarea no fué sino un cuartillo; porque pagó un cuartillo de una jicara de chocolate para desayunarse; otro valdria el puntal que le llevaron de su casa; y el viaje de Antoñita ¿qué menos podia valer que otro cuartillo?

Así que llegó á su casa la desdichada estanciera, se tendió en su barbacoa de guadua, sobre la cual habia una estera de calceta de plátano, que era todo lo que constituia su cama. Estefanía le dió zumo de carrasposa y se fué á la casa de *ñúa* Patricia, que vivia en la montaña y era la médica del sitio ó partido. No pudo volver hasta el dia siguiente con los remedios, y se pasaron dos dias mas sin que aquellos produjeran efecto ni mejoría.

El mayordomo fué á llamar á Rosa para que volviera al trabajo, dándose el tono de un virey y diciendo que si no iba le voltearia la casa y el platanar; pero habiendo entrado á la alcoba por instancias de Estefanía, vió que efectivamente Rosa no podia moverse, y dijo que esos eran los *resultos* del San Juan.

Rosa se estaba agravando, y esto indicaba que la médica no le habia acertado. Sufria á un mismo tiempo del corazón, de la cabeza y de un costado en que tenia una contusion; sobre todo, el estado de su espíritu la aniquilaba. Estefanía se fué á la hacienda á decir que su hija no podia asistir al trabajo, y á ver qué remedio le daban. Clotilde oyó la relacion atentamente y quedó penetrada de lástima.

— Rosa se muere de descuido, dijo á la manca. ¡Pobrecita, tan dócil, tan buena, tan hermosa! ¡Dios mio! ¡Qué haremos para salvarla!

— Pero ¡qué mas voy á hacer, mi señora! Será que ya le conviene, porque le hemos hecho todos los remedios de la médica y es como echarlos á la quebrada.

— ¿Y qué la mandó hacer la médica, pues?

— El sudor del paraguay con tres botones de manzanilla, cinco granos de cacao y los tres cogollos de la lumbaga; plantillas de penca de higo y agua de cáscara de guáximo con flor de la maravilla por agua ordinaria. Todo se le ha hecho; pero Rosa no escapa de esta, mi señora, porque no come. El tasajo ni el plátano no hay para qué nombrárselos. Rosa se muere, mi señora; y por eso es que el tres piés no vagó de cantar encima de la mata de guadua en toda la semana pasada; y dice Antoñita que lo vió volar y sentarse dos ocasiones sobre la casa.

Don Narciso estaba oyendo desde la hamaca toda la relacion, y viendo tan compadecida á Clotilde, tambien se compadeció, porque el amor hace queridas las impresiones que recibe el objeto amado. Don Narciso se habia graduado en medicina, pero no practicaba, por-

que se había dedicado al cuidado de su hacienda. En esta vez quiso ser útil á la humanidad y agradable á Clotilde, y así, despues de repreguntar á Estefanía, le dijo gravemente las siguientes razones:

— La afeccion de su hija es sumamente grave. Es un dolor que principia debajo del apéndice síldides, y se irradia en los hipocondrios, siguiendo el trayecto de los plexos aplénico y hepático: ¿lo oye Vd.? Del otro lado se traslada á la parte superior posterior del esternon: ¿está Vd.? y desciende por los lados de la columna vertebral, siguiendo el trayecto del gran simpático, y llegando á la region cervical superior, afecta el encéfalo y todos sus adherentes. La curacion se hará por medio de los evacuantes y revulsivos; los sedativos y, últimamente, los tónicos. Empezaremos por una sangría del brazo derecho, que será repetida mañana. Mande usted á la cabecera del canton para que el farmacéuta le despache la receta que le pondré: ¿me entiende Vd.? y entre tanto aplíquele Vd. unos fomentos de cocimiento de escoba babosa, manzanilla, bledos y llanten. Déle usted un baño de piés de cocimiento de alcaparro; ¿está Vd.? con tres dracmas de sal, una onza de mostaza y una jicara de ceniza. Póngale Vd. una lavativa de cocimiento de cualquiera de las malváceas, con un poco de miel y sal compactada, y un poco de aceite de olivas con dos yemas de huevo; ¿entiende Vd.? Déle frotaciones con aguardiente alcanforado y un poco de mostaza.

Concluida esta in calificable exposicion se volvió á entrar don Narciso, y á breve rato salió trayendo escrita una receta que leyó en voz alta, y decia lo siguiente:

R. Aguardiente aleman. 32 gramos.
Jarabe de Nerprum. 32 id.
Aceite crotontilio. 50 centigramos.
Aloes socotrinio. 64 id.
Aceite de palma christi. 16 id.
M. S. A.

N. Correa. M. D.

(Para tomar de una sola vez.)

R. Ipecacuana. 12 centigramos.
Tártaro de antimonio. 1 id.
Agua destilada. 40 gramos.
M. S. A.

N. Correa. M. D.

(Para tomar de una vez.)

— Todo está bueno, dijo la estanciera; ¿pero de dónde saco yo los *jumentos*, cuando los que hay en la hacienda los tienen ocupados; y de dónde consigo los *dramas*, las *malacias* y la *sal compautada*?

— Fomentos es lo que su amo le dice. ¡Miren qué *jumentos* ni qué *dramas*! ¡Esta mujer es una burra, y Rosa se muere en sus manos! ¡Fuera yo misma á hacerle los remedios! Lleve de aquí azúcar, mostaza, arroz y sagú, y váyase pronto á dar forma de hacerle los remedios. Pero mande por el cura cuanto antes.

— ¿Pero de dónde saco yo mula para el señor cura?

— Que le den una de las de papá.

— ¿Y peon?

— Y Julian, su hijo, ¿por qué no va?

— ¿No está de *cortero* de caña?

— Dígale al mayordomo que lo remude y lo dé libre.

— El me dirá lo que otras veces, que primero está la miel que la salvacion; y de veras que no queda quien entre á cortar caña en su lugar.

— Yo mandaré una de mis criadas; pero vuele á hacer todas la diligencias.

El cura habia tenido noticia del estado de Rosa y se fué á pié con don Demóstenes á Malabrigo. Ya habia dado un papelito homeopático á la enferma cuando llegó Estefanía; pero apenas supo que don Narciso habia recetado, retiró sus medicamentos, porque él se abstenia de recetar siempre que habia facultativo que lo hiciera. Leyó las recetas y apuró á la manca para que enviase por los remedios. Fué despachada en comision con el carácter de «urgente,» una mujer que llegó por casualidad á la choza; y don Demóstenes dió dos pesos, en que calculó el cura el importe de los remedios. Entre el cura y don Demóstenes taparon con hojas de plátano las rehondijas de la choza que daban sobre la cama de la pobre Rosa, y dispusieron que se le diese el baño en una horma de azúcar que hubo por buena fortuna. Estefanía puso junto de la enferma la mesita en que cenó don Demóstenes la noche que durmió en la estancia; luego se retiraron todos y se sentó el cura á confesar á Rosa. Mientras tanto, don Demóstenes se entró al platanar, acompañado de Faustino, el sacristan, que los habia seguido.

— Es bella la plantacion, decia don Demóstenes; es bella y pintoresca, pero lúgubre por la oscuridad que reina en ella; y porque entristece considerar que estas matas compradas por Rosa no son de ella; porque si al dueño de tierras se le antoja echar de la estancia á la familia, todo es perdido.

— Sí, señor, contestó el sacristan. Por eso yo no quiero sembrar sino unas cuatro matas de maiz. Para quitarle la estancia á uno no falta pretexto: á Juan Antonio Gomez lo echó su patron de la estancia porque no le dijo *amo*, un dia, delante de unos señores. A mi me quitó don Leocadio una estancita, porque no quise mandar á Paulita al trapiche.

— Y á Rosa le quitó un dueño de tierras la estancia porque dejó de quererlo. ¡Pobre criatura, tiranizada por los pobres y por los ricos!

— ¡Y tan pobre que está! Ella y la manca se sostienen por milagro con Antoñita. Tiene Rosa tres hermanos grandes, pero andan separados de la casa.

— ¿Casados?

— No, señor, solteros. Pero ya su merced ve, la madre no fué casada sino hasta las últimas (porque Antoñita si es hija legítima) y el ejemplo de los padres corrompe á los hijos. El señor cura se cansa de predicar sobre esto del matrimonio y de la obligacion que hay de dar crianza cristiana á la familia; pero otros que vienen de fuera dan consejos muy distintos, que como son mas fáciles de seguir, producen su efecto. Un señor doctor Alcibiades, que posó en casa de la niña Manuela, decia que no debia haber sino matrimonios civiles; que en lugar de la doctrina cristiana lo que se debia aprender de memoria era el código, y que no le creyéramos al señor cura lo que predicaba, porque era un fanático. Hablando un dia contra las monjas y los frailes, dijo que sus votos eran contrarios á la naturaleza, porque el hombre ha nacido para multiplicarse. Estas gentes, que poco necesitan para vivir como viven, han seguido el consejo, y ya su merced ve cómo se multiplican y cómo abandonan luego las multiplicaciones.

Así hablaba el sacristan, y don Demóstenes lo escuchaba un poco mohino, porque en sus discusiones filosóficas le habia sucedido frecuentemente hablar con sabios que le respondian con palabras; pero en esta vez no estaba discutiendo, y además quien le hablaba era un ignorante que solo le mostraba hechos.

Cuando volvieron del platanar á la casa, el señor cura habia acabado de confesar á Rosa y la estaba exhortando en forma de una plática moral.

— Rosa, le decia, las dichas del mundo son pasajeras. Eso que llaman felicidad es un ente ficticio que todos seguimos y ninguno alcanza. Yo he preguntado á una multitud de personas si son felices, y ninguna me ha contestado que sí. La suma de dolores es mayor que la de placeres; pero como el corazon ansia por la felicidad, es menester creer que esa felicidad está en alguna parte, porque Dios no habia de poner ese deseo en nuestra alma para engañarnos cruel é inútilmente. Esa felicidad es la eterna bienaventuranza de nuestro espíritu inmortal, que no es como el cuerpo, frágil, mortal y corruptible. ¡Rosa! Piense en la bienaventuranza; recoja su alma, que se va á presentar á Dios; tenga esperanza en su misericordia infinita que la creó de la nada, y abandone los pensamientos del mundo!

Volvióronse á la parroquia el cura y sus dos compañeros, y en su lugar se vino Remigia, la mujer del sacristan, á cuidar á Rosa y á hacerle los remedios. Liberata quiso perder sus dias de trabajo por acompañar á su amiga. Los remedios de la botica no llegaron hasta el dia siguiente, y Remigia se encargó de aplicárselos, lo que hizo con mucha inteligencia y consultando con el médico.

Rosa seguia muy mala; la calentura avanzaba terriblemente, á pesar de los remedios. Remigia, Liberata y aun Clotilde, no descansaban; las dos primeras cuidando la enferma, y la última enviando recursos para la familia y medicinas para la paciente. El cura habia dejado un Crucifijo y un poco de agua bendita, que Remigia colocó en una tabla frente de la cama de la enferma; al pié del Crucifijo habia puesto dos ramilletes de flores silvestres y una vela encendida. La enferma tenia los ojos clavados en el humilde altarcico, cuando entró Liberata, que le llevaba una totuma con agua fresca. Rosa, mostrándole el Cristo con el dedo, dijo con acento triste y pausado á su amiga:

— Vea, Liberata, lo único en que debemos pensar, porque el dia de comparecer ante El se llega tarde ó temprano. Conozco que voy á morir de esta enfermedad; pero estoy conforme, y ya no tengo temores por la otra vida, desde que el señor cura oyó mi confesion y me perdonó en nombre de su divina Majestad.

— ¡Morirse tan jóven! ¡Qué hago yo, Rosita de mi alma!

— No se aflija, Liberata. Lo que me tenia asustada era mi conciencia; pero ya estoy tranquila. ¡Ay, Liberata, muy separadas hemos estado Vd. y yo del buen camino, tanto para con Dios como para con la gente honrada que nos ha mirado! ¡Hemos tenido una vida muy escandalosa, mucho, mucho! Pero el señor cura me ha dejado tranquila, porque recibí mis protestas de arrepentimiento. Se informó de todas mis faltas, me hizo restituir un crédito que yo habia quitado, me hizo perdonar á las personas que odiaba, me hizo declarar un asunto que yo sabia sobre una finca mal habida y me encargó que le mandara á suplicar á mi señorita Clotilde que no echaran al trapiche á Antoñita. Yo le hablé al cura con toda la verdad y la confianza del que se va á un viaje tan largo como el de la otra vida, y le recomendé algunos encargos secretos y otros que no lo son. Liberata, yo le ruego que piense ahora en su muerte, que ha de llegar algun dia; piense con tiempo en ella para que no muera con susto, ni en pecado mortal. Deje esa vida que lleva, esa vida desdichada del trapiche, y vuélvase al lado de su madre á pedirle perdon de rodillas y á seguir viviendo como cristiana. ¡Mire que no hay como el cariño y los cuidados de una madre! Y, en fin, Liberata, mire allí al que nos espera, y que si juzga á los ricos, tambien juzga á las trapicheras...

Calló Rosa; mientras habia estado hablando, Liberata lloraba en silencio. A un momento pidió la enferma que le trajeran un tarro de guadua muy grueso que le habia servido de caja de costura desde niña; y metiendo su brazo enflaquecido dentro de él, sacó un peine de palo y un devanadorcito que regaló á Liberata; á la

mujer del sacristan le dió su dedal de cobre, á Antoñita su sortija de oro que Matea le habia enviado con Manuela de Ambalema; y á su madre le entregó tres reales en buena plata y dos en *chimbos*, y el tarro de guadua en que quedaba un espejito del tamaño de un peso fuerte, un agujetero con un alfiler y dos agujas y un cordón de su pelo. Se quitó del dedo una sortija de acero y se la puso en el dedo del corazon á Liberata. Además, dejó dispuesto que se vendiesen tres pollos que dejaba y que con su valor hiciesen rezar responsos por el descanso de su alma.

Al dia siguiente comenzó á experimentar la enferma una agravacion espantosa. Un quejido continuo y lastimoso sustituyó al habla; movia los brazos y tenia la mirada fija, la nariz aguda y los labios cenicientos. El pecho se le habia alzado extraordinariamente, y la boca entreabierta, lejos de ostentar la antigua gracia que la adornaba, estaba espantosa. Estefanía no quitaba los ojos de su hija, y parecia que trataba de ahogar su pena para observar hasta el último movimiento de aquella niña que habia llevado en sus entrañas. Se conocia que Rosa queria hablar; y al fin, haciendo un esfuerzo sobrenatural dejó escapar con un postrer sollozo estas palabras que fueron las últimas de su vida.

— ¡Madre, la bendicion!

Estefanía se la dió lentamente, le besó la frente repetidas veces y se arrodilló desmayada de dolor. Las mujeres que la acompañaban levantaron sus gemidos al cielo. Remigia alcanzó el Cristo y lo puso delante de los ojos de la enferma. La agonía se aumentaba y Remigia decia en voz alta las oraciones de los agonizantes.

En seguida se puso á rociar con agua bendita el cuerpo de la moribunda. Un estremecimiento general y las últimas boqueadas de la enferma, anunciaron el postrer esfuerzo del alma para separarse del cuerpo, y Remigia exclamó en voz compungida y suplicante:

— ¡Jesus, Jesus, Jesus! ¡Recibid su alma en vuestra santa gloria!

¡Rosa al fin descansó! Su agonía habia terminado con un suspiro. Las mujeres rezaban el credo, que fué interrumpido por los gritos dolorosos de Estefanía y Antoñita, cuando vieron que habia espirado la pobre mujer.

— ¡Mi hija me ha dejado! decia Estefanía. ¡Mi Rosa! ¡Mi hija de mis entrañas! ¡Qué haré yo ahora! ¿Quién me consolará?

— ¡Mi hermana se fué! decia Antoñita. ¡Se fué á la otra vida! ¡Dios mio de mi alma!

La esposa del sacristan no olvidó ciertos cuidados indispensables. Destapó un calabazo de vinagre, derramó un poco en la boca del cadáver, le limpió el rostro y la mudó. Luego entre ella y Liberata la bajaron y la pusieron en la mitad de la salita, poniéndole junto un cabo de vela encendido.

Eran las diez de la noche. Antoñita se fué á la hacienda por la mortaja y cuatro reales de velas, y á avisar á Julian y á los patrones. Remigia salió de la casa alumbrándose con una tea de bagazo, subió á la cumbre de una colina y desde allí gritó con todo el esfuerzo que le era posible:

— ¡Hermaaaanos!... ¡Cristiaaaanos! ¡Por el amor de Dios! ¡A velaaaar á la difunta Roosa!...

El eco de estas palabras se repartió por todas las estancias, y á pocos instantes comenzaron á aparecer luces vacilantes entre las cañadas y el monte, que se dirigian á la casa del *velorio*, que así se llama la funcion de acompañar al cadáver, rezando un rosario tras otro.

Luego que llegó la mortaja remitida por Clotilde, Remigia acabó de vestir el cadáver, puso en el suelo cuatro velas sobre vástagos de plátano, de media vara de largo, que servian de candeleros, y empezó el primer rosario con los primeros estancieros que llegaron. La mortaja consistia en una túnica forjada á la ligera de una sábana de lino y de una cofia de liron con arandela que se llama toca. La cara de Rosa, que fué morena, estaba ahora amarilla y seca; pero sus facciones no se habian desfigurado. Un cadáver es siempre venerado por el instinto religioso, y el de Rosa, tan conocida y estimada, infundia á los asistentes no solo veneracion sino piedad y lástima. La salita estaba llena de gente, y como no cabian todos en ella, se habian arrodillado en el patio á la sombra de los árboles. El murmullo del rezo oído á lo lejos infundia pavor religioso á los que iban llegando, y les hacia erizar los cabellos. Muchas personas saludaron con un torrente de lágrimas á la dulce y caritativa Rosa. El rezo no cesaba, y los que se remudaban iban á sentarse en los alares á conversar de las virtudes de Rosa, notando entre ellas la de haber sido muy buena hija. Remigia distribuia de vez en cuando algun licor á los acompañantes.

Julian tomó el machete antes de que amaneciera y se fué al monte á cortar unas chipas de bejuco y unas guadas, y formó un rústico ataúd, amarrando varios atravesaños sobre dos guadas delgadas. Encima colocó el cadáver bien acomodado entre ramas de limon. Luego lo levantaron para llevarlo sobre los hombros dos peones que se iban turnando con otros, habiendo comenzado Julian y un camarada suyo. Estefanía no pudo seguir la comitiva fúnebre por sus enfermedades, y parada en la esquina de la casita siguió con los ojos el cadáver hasta donde lo ocultó un recodo del camino. Lloraba á grito entero y decia al verlo desaparecer:

— ¡Adios, Rosita mia, para siempre! ¡Adios, hija de mis entrañas!

Así fué conducido el cadáver hasta la parroquia. Don Demóstenes estaba en su hamaca, y al sentir el silen-



Las cercanías de Paris. — Enghien.

cioso tropel y el chirrido del guando, volvió á mirar y se encontró frente á frente con Rosa, á quien reconoció.

— ¿Es posible? exclamó, levantándose de prisa; ¿es posible que hayan cedido á la muerte tanto vigor y tanta belleza?

— ¿Vió á Rosa? le preguntó Manuela, entrando á la alcoba á sacar su pañolón morado.

— ¿Con que al fin sucumbió al peso de sus desgracias?

— Sí: ¿no vamos al entierro?

— Es muy justo, Manuela. Lo que siento es no haber traído ropa de luto, porque no me figuré en Bogotá que aquí había de asistir al entierro de una persona por quien he tenido tan fraternal afecto.

En la mitad de la calle oyó el primer doble de la campana, y se estremeció al oírlo, porque le llegó al corazón y le arrancó un gemido. Al llegar á la iglesia vió el cadáver sobre una mesa enlutada, y oyó al cura que cantaba: *Subvenite, Sancte Spiritus*, con fúnebre y pausada voz.

Don Demóstenes había asistido á varios entierros de tono en Bogotá, como que era uno de los mas distinguidos miembros de la sociedad. Vestido elegantemente de negro y sentado en un escaño, devoraba con el pensamiento algun negocio ó algunos amores, arrullado por la artística salmodia, y rodeado de oscuridad, entre la cual flameaban por intervalos los cien blandones. Estaba en presencia de un muerto bien encerrado dentro de lujosa caja, de un muerto que había sido su socio ó su amigo tal vez, y sin embargo, estaba sereno; mientras que en esta vez se turbaba y se entristecía. Es verdad que en la pobre iglesia de la parroquia no había cirios hasta la puerta en triple hilera, ni negras colgaduras, ni emblemas poéticos, ni ramos de sauce, ni coronas de ciprés; es verdad que no retumbaban los ecos con el ruido sordo de las trompetas y violones, ni con el son agudo de las flautas y violines; pero estaba viendo á su amiga, esa flor de las montañas que conoció de pasada y que acarició levemente porque era buena y hermosa, pero sin arrancarla de su tallo. Tenía clavados los ojos en Rosa y no se saciaba de dolor viendo aquellas manos enjutas que él había apretado entre las suyas, y que ahora apretaban una cruz de palo, última esperanza y único consuelo de la pobre difunta; veía un bosque de pestañas cubriendo las pupilas de unos ojos que quince días antes encendían corazones, ahora apagados y opacos; veía una boca antes graciosa y ahora callada con el silencio de la eternidad. En torno del cadáver veía unos pocos amigos de la difunta, cuyos gemidos eran mas tiernos que los acentos de las orques-

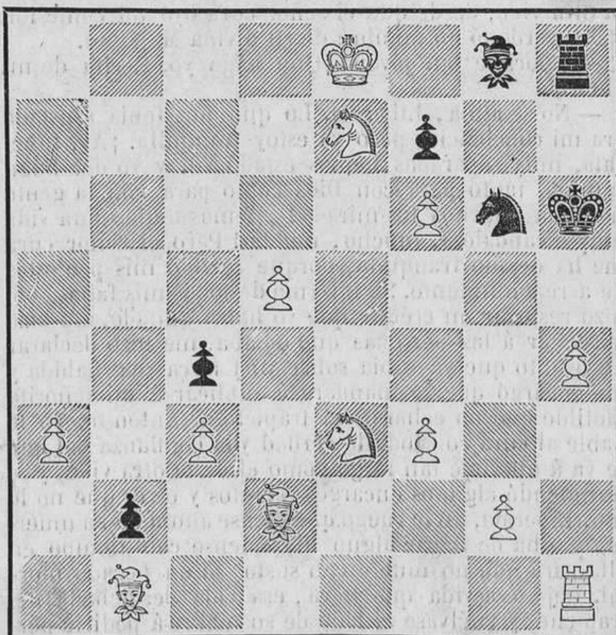
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 287.

- 1 R 7ª TR A toma A jaque
- 2 C 5ª AR jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 288, POR M. W. GRIMSHAW.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

tas. Todo esto lo tenía conmovido. Manuela, que estaba arrodillada cerca del cadáver, tenía la cara oculta en su pañolón y lloraba, y don Demóstenes oía sus sollozos al través del pañolón, como se oye una fuentecita entre el monte al través de la enramada. Los dobles de las campanas no cesaban, acompañando las voces del cura y del sacristán, que dialogaban en el sublime oficio de difuntos clamando por el reposo eterno de la humilde estanciera de Malabrigo. El *requiescat in pace* final, cantado por el cura en la forma de un lamento, dió el último golpe al corazón del conmovido bogotano.

De la iglesia salió un acompañamiento ya numeroso tras el cadáver, en direccion al cementerio. Se notó que no iba otra persona calzada que don Demóstenes. De los tadeístas no iban sino Cecilia y ñor Elías, que no estaba bien caracterizado. ¡Qué saña la de los partidos políticos! ¡Hasta para un cadáver hay odios y venganzas! Y sin embargo, Rosa era llorada por un pueblo entero.

(Se continuará.)

Las cercanías de Paris.

ENGHIEN.

Enghien es hoy la gran atracción para los paseantes. Y con efecto, entre todos esos bonitos pueblecillos que rodean á la capital, no hay uno que presente en sus recuerdos mas atractivos.

En el camino está Saint-Denis, cuyo antiquísimo santuario, enteramente restaurado, llama siempre la atención del paseante. A pocos minutos está Enghien, donde hay abundancia de paseos.

Aquí, á la derecha, aparece el pintoresco Montmorency con los senderos umbríos de su antigua selva, con los recuerdos del *Ermítage*, la casa que habitó J. J. Rousseau, con sus campos de cerezos que van á visitar los parisienses, montados en borricos.

A la izquierda está Enghien, con sus magníficas casas, con su opulento palacio de Saint-Gratien, con su establecimiento de aguas sulfurosas; y finalmente, con ese soberbio estanque de cuarenta hectáreas que toma orgullosamente el nombre de lago, surcado continuamente por ligeros esquifes. Cielo, bosques, agua, Enghien reúne pues todos los atractivos, y así se justifica la adoración que le tienen los parisienses. H. V.